

NO MIRAS ATRÁS



Céline Bonnet

NO MIRES ATRÁS

Céline Bonnet

Título: No mires atrás

© 2017 Céline Bonnet

Todos los derechos reservados

1ªEdición: Septiembre, 2017

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

I

La primera vez

Los carnavales de ese año serían los primeros en los cuales los padres de Jairo lo dejarían ir solo al concierto que se realizaba en una playa cercana a la residencia con un grupo de amigos. Jairo había solicitado el permiso de sus padres desde hacía casi un mes, quería sentirse grande, maduro y demostrarle al grupo de chicos la independencia que tanto deseaba.

Ese día se vistió de acuerdo con la ocasión, se despidió de su madre con un beso breve y de su padre con un grito dirigido a la sala. Jairo salió corriendo del apartamento, tuvo que esperar el ascensor un rato, por lo que se impacientó un poco; y, finalmente, se encontró con el resto del grupo en la salida del conjunto residencial, ya que todos vivían en la misma comunidad; algunos en torres distintas. Todos se conocían desde muy pequeños.

Era un grupo de cinco chicos: Manuel, Rubén, Silvio, Daniel y Jairo. En ese momento, todos tenían quince años, estudiaban en el mismo curso y convivían la mayor parte del tiempo. La amistad de ellos era incondicional, se apoyaban en todo: travesuras, ideas, diligencias, asuntos académicos y todo lo que fuera posible.

Jairo era más a fin con Manuel, ya que habitaban en la misma torre. Manuel vivía solamente con su mamá y su hermano menor, que era totalmente insoportable para él; por lo que pasaba más tiempo en la casa de Jairo, quien tenía una hermana, pero era mayor y ya no vivía en el hogar de la familia. Manuel pensaba que Jairo tenía suerte de ser el hermano menor.

Aquella noche, todos consiguieron el permiso solicitado para ir al concierto de la playa como celebración del carnaval. Siempre habían querido

ir, pero no era posible porque eran muy jóvenes para asistir solos y los adultos que estaban encargados de cada uno de ellos no compartían los mismos gustos musicales.

Los chicos caminaron a paso rápido, hablando y riendo alto; en unas calles con mucha gente, gracias a la celebración anual. Habían reunido algún dinero para el día y se sentían en la cúspide de la existencia en este planeta. Compraron algunas bebidas gaseosas, golosinas y bandanas con el nombre de la agrupación que admiraban desde hace tiempo. Se colaron entre la gente y llegaron muy cerca de la tarima donde tocaría la banda de rock esa noche.

Primero se presentaron dos grupos como preámbulo al show de la banda principal de la noche. Los chicos estaban emocionados por la libertad que palpaban en ese momento. De pronto, se escuchó el estruendo de una guitarra que fue seguido por el furor de la multitud presente; luego, un humo inundó la tarima, las luces apagadas dieron paso a una única luz que iluminó al guitarrista parado en silencio frente a una masa de personas eufóricas. Pasados unos segundos el guitarrista se abalanzó a tocar con energía su instrumento y la música comenzó a estallar por todos lados.

Jairo observaba la escena con estupor y emoción a la vez. Todos los chicos saltaban y cantaban las canciones, tomándose por los hombros, empujándose y riendo. En sus rostros se dibujaba la felicidad de la juventud. En medio de la muchedumbre entusiasmada, a pocos metros de él, Jairo divisó la imagen de una chica que observaba concentrada hacia el escenario.

Antes que nada, era una visión extraña, pocas chicas eran afines de esos gustos musicales, por lo menos según su experiencia. Pero, además, era una visión extraordinaria, aquella chica le pareció ser una diosa encarnada; cabello cobre, labios rosados perfectamente torneados, una silueta delicada pero bien definida, lo que más le impactó fue el color de su piel, ya que era muy claro; mucho más de lo que estaba acostumbrado a observar en las

personas que vivían a su alrededor; que gracias al clima playero mantenían la piel bronceada y algunos más bien tostada.

Notó que la chica estaba acompañada por un chico, ambos más o menos de su edad también. Así que se dijo así mismo que no debía acercársele ya que probablemente sería su novio y podría causar una discusión. Pero lo cierto es que Jairo, hasta ese momento, siempre tenía una excusa para no enfrentarse a la probable negativa de una chica; pero, también es cierto que antes no le había incomodado tanto como esa noche. En ese momento, más que nunca en su corta vida, hubiese querido tener la suerte de conocer a esa chica hermosa.

Trató de desviar su atención de ella y concentrarse en el concierto junto a sus amigos. Manuel vio en la mirada de Jairo algo particular, supo que algo pasaba con él. Le hizo a Jairo una seña de pregunta, pero este le respondió con una negación, también con señas porque en medio de aquella algarabía era imposible hablar. Sin embargo, en ocasiones no podía evitar que su mirada flaqueara ante la atracción que le provocaba esa mina. Pero en un momento al voltear, su corazón se sobresaltó al caer en cuenta que ella ya no estaba. La buscó con la mirada por toda la multitud a la que tenía al alcance con la vista, pero no logró divisarla.

Esa noche regresaron todos con gran algarabía por la emoción del evento y la alegría de la libertad. Todos menos Jairo, él estaba más bien ensimismado. Pensaba en la chica del concierto, seguramente sería una turista; habría venido por la fecha de los carnavales y pronto regresaría a su casa y él no volvería a verla nunca más. No sabría jamás su número, su dirección, ni siquiera su nombre; eso lo entristeció un poco, deseó habersele acercado cuando tuvo la oportunidad. Entró a su casa justo a la hora acordada y sus padres con emoción le preguntaron cómo había sido, él intentó ser atento y contarles, agradeciéndoles por haberle permitido ir con sus amigos.

Durante aquella noche Jairo durmió muy poco, no estaba seguro si no lo dejaba dormir la inyección de euforia que le había proporcionado el concierto o por la decepción de no saber quién era esa chica que tanto impacto le había causado. Se levantó en la madrugada ya cansado de dar vueltas en la cama, prendió el televisor y la consola para proseguir con su partida de juego de video, con el volumen totalmente bajo para que su madre no se molestara con él.

Jugó durante algunas horas, hasta que escuchó los primeros pasos de la mañana, entonces apagó todo y corrió a la cama. En unos minutos, por fin el sueño lo arropó. Pero el descanso le duró poco, su mamá lo despertó para que la ayudara con algunos quehaceres y para que fuera al mercado más cercano por algunas especies que necesitaba para preparar el almuerzo.

La mamá de Jairo era chef y siempre requería una especie nueva el mismo día para el almuerzo o alguna cena especial; era una costumbre que eso ocurriera por lo que él ya estaba acostumbrado a este ritual. Era tan frecuente que en el mercado los conocían y pagaban la cuenta a final de mes en vez de cada día. Jairo disfrutaba mucho de la cocina de su mamá, incluso aprendía muchas cosas con ella.

Esa mañana Jairo sacó la basura y como era costumbre fue por las especies. En el camino se encontró con algunos conocidos que saludo y de regreso se tropezó con Manuel, hicieron su saludo de manos acostumbrado.

— ¿Qué estás haciendo? —le preguntó Manuel.

— Estaba comprándole a mamá unas especies para la comida. ¿Y tú? —le dijo Jairo.

— Voy a comprar una bombilla, que mamá me pidió. Acompáñame y regresamos juntos. —le dijo Manuel mientras se impulsaba para caminar.

— Vale. —Jairo le siguió el paso.

— Oye, Jairo. Ayer en el concierto, ¿qué te pasaba? —le preguntó

curioso Manuel.

— ¿De qué hablas? —trató de ocultar el asunto.

— Ay, no te hagas. Primero estabas normal y de pronto te pusiste todo raro. Veías a los lados y casi no nos prestabas atención. El resto de los chicos también se dieron cuenta que algo te pasaba, pero no te quisieron decir nada.

— No importa... —le contestó con tono de decepción.

— Cuéntame. —le insistió Manuel.

— Es que vi a alguien. —le dijo cuidadoso.

— ¿Alguien conocido?

— No. —le contestó con la mirada baja.

— ¿Y entonces? ¡Habla pues!

— Vi a una chica, me pareció muy linda. Quería ir hablarle, pero estaba con un chico, y supuse que era su novio así que no fui. Un rato después se fue y no la vi más. Me imagino que no la volveré a ver más.

— ¿Y tú crees que fue amor a primera vista o qué? —le preguntó Manuel a Jairo con cierto tono de burla.

— No seas tarado, por eso no te quería contar nada. —le respondió molesto.

— Perdón, perdón, pues. Mentira. ¿Era muy linda?

— Sí.

— Qué mal. Pero si tiene novio igual no podías hacer nada. —intentó consolarlo en vano.

— Sí... Lo sé...

— Oye, no te pongas así. Vamos a mi casa a dejar la bombilla y después vamos a tu casa a jugar a Need for speed. —le propuso Manuel.

— Está bien. —Jairo se animó un poco.

Ambos jóvenes se fueron juntos a la casa de Jairo. No hablaron más del tema de la chica que vio Jairo, estuvieron jugando en la consola un buen rato. A la hora del almuerzo la mamá de Jairo los llamó a los dos a comer, la comida estuvo exquisita como de costumbre en el hogar de los Navarro. Manuel disfrutaba más que ninguno de la comida que servían en la casa de su amigo.

El resto de los días de asueto por carnaval Jairo los pasó visitando a algunos familiares de su madre y en alguna de las casas de los amigos, con juegos de video, escuchando música, viendo videos en la computadora, jugando futbol en una cancha cercana. Intentó no pensar de nuevo en la chica del concierto ya que no tenía caso seguir haciéndolo, lo mejor era olvidarse del encuentro lo antes posible.

El día cuando se reincorporó Jairo a las actividades académicas cotidianas pensó que con la monotonía de los días se le olvidaría por completo el mal rato en el concierto. Sin embargo, algo inédito sucedió ese mismo día. La profesora Romero, directora del instituto, les anunció a los estudiantes del curso que tendrían dos nuevos estudiantes, ya que se acababan de mudar a la zona. Esto sucedía cuando Jairo estaba concentrado resolviendo un ejercicio de matemática.

—Jóvenes, les presento a Elba y a Ender. Ellos son hermanos y son sus nuevos compañeros de clase. Por favor, compórtense y háganlos sentir como en casa.

Instintivamente Jairo levantó la mirada. Lo que vio no puede ser definido de una manera distinta a un milagro. La chica nueva era la misma del concierto. Él estaba impactado por la casualidad. Y aún mejor, no sólo estaba frente a ella, también pudo constatar que el chico que la acompañaba en el concierto no era su novio sino su hermano, ya que era el mismo que ahora estaba a su lado. La alegría que Jairo tenía por aquella oportunidad que

le daba el destino, no le cabía en el cuerpo.

Ese día Jairo no pudo prestar la mínima atención a sus clases, toda su atención era para Elba. La observó escribiendo, escuchando, colocándose un mechón de cabello detrás de la oreja izquierda; es decir, no tuvo ojos u oídos para algo distinto a Elba. Durante el receso no se reunió con sus amigos, estuvo mirando a Elba a lo lejos de incógnito. Ella comía un sándwich idéntico al de su hermano, sólo hablaba con él por ahora; seguramente porque no conocía a más nadie allí.

Entonces Jairo se debatía entre ir a saludarlos o no. Pensó que esa sería la mejor oportunidad que tendría para acercarse a ella; ahora, que no conocía a nadie todavía, él tenía la ventaja. De necesitar algo entonces acudiría a él. Si tenía que ser amigo de Ender para estar cerca de Elba, lo haría sin pensarlo dos veces. Entonces, reunió toda su valentía y se unió a los dos en un banco del patio del instituto.

—Hola chicos. Bienvenidos. ¿Cómo están? —les dijo, intentado sonar casual y amable al mismo tiempo.

—Hola. Gracias. Estamos bien. ¿Cómo te llamas? —le preguntó Ender.

—Yo soy Jairo.

—Ender..

—Elba..

—Sí, lo sé. Estudiamos el mismo curso y la profesora Romero los presentó temprano.

—Ah qué bien. No te noté allá. —le confesó Ender.

—Yo creo que sí te vi. —comentó Elba.

—Pensé que sería bueno acercarme y decirles que si necesitan saber

algo o ir a algún lugar que no saben dónde queda, pueden preguntarme. Los puedo ayudar en lo que necesiten.

—Qué amable. —le dijo Elba, sonriendo.

—Ya saben, lo que necesiten. Estaré por allí. Nos vemos. —se despidió Jairo antes de decir alguna tontería de la que se arrepintiera luego.

—Nos vemos. —contestaron los hermanos al unísono.

Jairo tuvo que despedirse de ellos ya que al ver la sonrisa de Elba se descolocó completamente. Tenía un gesto hermoso, angelical, perfecto; y no quería que su mirada fuera a revelar lo que sintió, ante Elba y su hermano. Sin embargo, opinaba que todo había salido muy bien. Logró el objetivo, dar el primer paso de muchos que estaba dispuesto a avanzar con tal de acercarse a ella.

En los días siguientes no aconteció mucho, Jairo observaba a Elba desde la distancia. Pudo determinar la hora exacta cuando ella llegaba junto con su hermano todos los días al instituto. Su padre los dejaba al frente en un coche color gris claro y al salir regresaban a casa caminando, por lo que Jairo dedujo que debía vivir cerca. Él hacía lo imposible por llegar muy temprano al instituto, incluso dejar a sus amigos en el camino, para así estar en la entrada en el momento justo que ella llegaba y poder saludarla.

Había pensado que quizás como era nueva, al presentársele tendría una buena ventaja para que ella se acercara espontáneamente luego a él en búsqueda de algún tipo de información o de compañía, pero no contaba con que Elba era una chica muy extrovertida; no se le dificultaba en lo más mínimo hacer amistades, ni mucho menos despertar la admiración de algunas personas, muchas de ellas masculinas; gracias a su físico considerado exótico entre los habitantes de la zona.

Por lo tanto, Elba no había tenido la necesidad de acercarse a Jairo por algún motivo en especial. Esto decepcionó a Jairo de alguna manera, pero no iba a darse por vencido por eso. Ya estaba ideando la manera de abordarla. Sin embargo, el destino fue más rápido que Jairo. La profesora de historia asignó una investigación de campo al grupo, tendrían que fotografiar y describir tres lugares históricos de la ciudad; además dispuso los grupos para el trabajo.

Cuando Jairo escuchó que la profesora nombraría a los integrantes del grupo según su organización, comenzó a rezar. Él no era especialmente religioso, pero sabía que era su oportunidad de oro, si lo asignaban con Elba sería la señal incuestionable del destino, o del mismísimo Dios, de que ella debía ser su novia.

—El siguiente grupo estará integrado por Silvio, Elba, Ender y... — Jairo rezaba con los ojos cerrados, deseando con más fuerza que nunca, prometiéndole a Dios no volver a alzarle la voz a su mamá o a su papá, sacar la basura antes de que lo mandaran, pasear al perro más seguido, todo lo bueno y bendito que se le cruzó por la mente en ese momento; y algo de eso debió haber funcionado porque lo convenció— Jairo. — dijo la profesora, aunque Jairo escuchó su nombre más bien como una melodía cantada por las sirenas de Grecia.

Jairo tuvo que usar toda su fuerza y voluntad para no saltar del asiento y gritar como si fuera el gol decisivo en el minuto noventa de la final del campeonato nacional. Se limitó a dirigir su mirada a Elba y sonreírle en son de “tarea es tarea”, pero su corazón bailaba o más bien se contorsionaba dentro de su pecho.

Ese mismo día, al terminar la jornada vio a Ender y a su hermana caminar hacia él, sabía que iban a hablarle para organizar la investigación que

debían hacer así que se puso su mejor cara de chico relajado.

—Hola Jairo, ¿cómo estás? —le saludó Ender con Elba a su lado.

—Hola, bien. ¿Y ustedes qué tal están? —le respondió con serenidad.

— Bien. Oye, que la profesora ha dicho que debemos hacer el trabajo juntos, y con tu amigo Silvio. Nosotros no tenemos mucha idea de los sitios históricos de acá. ¿Cuándo podemos reunirnos para hablar de eso?

—Si quieren podemos empezar hoy mismo, yo le aviso a Silvio y nos reunimos donde quieran.

—¿Crees que pueda ser en nuestra casa? —le preguntó Elba.

—Vale, yo creo que sí. Déjenme buscarlo y podemos irnos ahora mismo si ustedes pueden. —respondió Jairo.

—Me parece bien. —afirmó Ender.

Jairo salió como un rayo en búsqueda de Silvio, quien no era muy asiduo con las tareas, pero Jairo no iba a dejar que nada saliera mal en esta oportunidad que tenía con Elba. Le preguntó por él a todo el mundo y nadie sabía dónde estaba, hasta que un chico de un curso menor le dijo que lo había visto detrás de las gradas del campo de fútbol con Ana, así que se fue corriendo para allá.

—Silvio, Silvio ¡vámonos! —lo sorprendió mientras se besaba con Ana.

—¿Qué te pasa loco?, ¿No ves que estoy ocupado? —le dijo molesto por la interrupción.

—Mira, necesito que nos vayamos por favor. Es de vida o muerte. Te lo pido.

—Pero ¿qué pasó? —Silvio le preguntó sinceramente asustado.

—Después te explico, ¿sí? Por favor, vamos. —le rogó Jairo.

—Está bien. Discúlpame linda, nos vemos mañana. —le dijo Silvio a Ana mientras le guiñaba el ojo.

Silvio iba detrás de Jairo, pero casi tuvo que correr para seguirle el paso. Al llegar a la salida del instituto los hermanos estaban esperándolos. Realmente Jairo no se había tardado mucho en regresar con Silvio, pero para él había parecido toda una eternidad ante la premura de estar con Elba.

—Listo. Nos podemos ir. —dijo Jairo.

—¿Para dónde? —preguntó Silvio extrañado, intentando recuperar el aliento.

—Para la casa de ellos, como te dije. —se dirigió Jairo a Silvio, mientras sus ojos se desorbitaban en manifestación de que le siguiera la corriente.

—Ah, sí, claro. —respondió Silvio pretendiendo respaldar a su amigo.

—Vamos. —dijo Ender.

Los hermanos caminaron adelante y los dos amigos se rezagaron un poco de manera intencional para poder hablar bajo sin que los escucharan.

—¿Qué es esto Jairo? ¿Por qué vamos a la casa de ellos? —le inquirió Silvio a Jairo.

—Vamos a hablar de la investigación de historia que tenemos que hacer juntos. —le respondió Jairo.

—¿Qué? Ahora si te volviste loco, tú me interrumpiste con Ana para ir a hacer una tarea. ¿Qué es eso? Yo me devuelvo. —intentó voltearse,

pero Jairo lo haló por un brazo.

—No, no. Vamos a ir. —le ordenó Jairo con autoridad.

—Pero ¿por qué?, ¿de cuándo a acá tan aplicadito? ¡Eso es para entregar en quince días! —le habló Silvio alterado.

—Silvio prométeme que no vas a decir nada.

—¿Nada de qué?

—Nada de lo que te voy a decir pues.

—¿Por qué? —volvió a preguntar.

—Promételo o no te digo nada. —amenazó Jairo.

—Está bien. Lo prometo. ¿Qué pasó?

—Quiero ir porque me gusta Elba. —le confesó Jairo.

—¿Qué? ¿En serio? —preguntó Silvio un poco extrañado.

—Sí. —respondió un poco avergonzado.

—¿Y ya se lo dijiste? —le preguntó Silvio en voz aún más baja y con tono de picardía.

—No. Y ya te dije que no puedes decir nada. Me lo prometiste. —le advirtió Jairo.

—No voy a decir nada, pero tú deberías decirle.

—No, todavía no. —le respondió Jairo.

—Tranquilo, yo te voy a ayudar con ella. Elba está muy bien, hace unos días estaba pensando en ir por ella, pero no te preocupes no lo voy a hacer y te voy a ayudar. —Jairo miró a Silvio con ira y antes de poder decirle algo Ender los interrumpió.

—Bueno, ya llegamos chicos, aquí es. —entró al jardín de una casa junto con su hermana.

Ender abrió la puerta, primero entró Elba y luego ambos invitados. Se sentaron en la mesa mientras les traían un vaso de agua. La casa lucía un poco desordenada, aún había algunas cajas visibles de la mudanza. Los hermanos también se sentaron en la sala y seguidamente la madre de ellos apareció para saludar a los chicos.

—Hola, chicos, mucho gusto. ¿Cómo están?

—Hola señora. —se levantó con esmero Jairo para darle la mano.

—Disculpen el desorden, no sabía que tendríamos visita tan pronto. —les comentó la señora luciendo un poco apenada.

—No se preocupe, tiene una casa hermosa. —le habló Jairo con mucha simpatía.

—Gracias. Bueno, siéntanse como en su casa. Los dejo para que estudien tranquilos. —les dijo mientras se retiraba.

Estuvieron un rato conversando acerca de los lugares que podía visitar. Jairo guiaba la conversación ya que conocía muy bien la ciudad, mientras que Silvio se limitó a ofrecer su cámara y destreza para tomar las fotografías. Ender y Elba le preguntaban a Jairo sobre los lugares, de cómo llegar y cuándo podrían ir. En consenso decidieron que irían a los tres lugares este fin de semana para tener el resto del tiempo para desarrollar la parte escrita que correspondía a la investigación.

El papá de los hermanos Ramos no podría llevarlos porque estaría de viaje por trabajo, pero Jairo les dijo que no había ningún problema, ya que sabía cómo llegar a esos lugares, que lo había hecho en varias ocasiones con sus padres. Así Jairo y Silvio se despidieron y emprendieron a pie el camino a

casa.

—Ajá, con que te gusta la Elba. —le dijo Silvio a Jairo apenas salieron de la propiedad.

—Compórtate Silvio. —le advirtió Jairo a Silvio, ya que era conocido por sus comentarios imprudentes.

—No te pongas bravo, sólo estamos hablando. ¿Qué piensas hacer entonces?

—Aún no lo sé. Estoy pensado. —dijo Jairo.

—No tienes nada que pensar. Mira, cuando estemos tomando las fotos y eso, yo entretengo al hermano, te quedas a solas con ella y le das un beso. Listo hermano. —le aconsejó muy resuelto.

—No Silvio. ¿Y si me da una cachetada?

—¿Qué cachetada? No, yo conozco a las mujeres. Dale un beso y seguramente cae rendida a tus pies. —le expresó con tono relajado.

—¿Qué vas a saber tú? —le dijo Jairo desconfiado.

—No me ofendas así. ¿Cuántas mujeres has besado? —le preguntó Silvio.

—Eso no es de tu incumbencia. —le respondió Jairo indiferente.

—Yo te voy a decir. Una. Fue Laura y por una apuesta con sus amigas, te robó un beso y se fue corriendo mientras se reía. —Jairo lo miró con desprecio.

—En cambio, ¿cuántas novias he tenido yo? Confía en mí. Dale un buen beso.

De cierta manera Silvio tenía razón. La experiencia de Jairo con las

féminas era prácticamente nula y él se jactaba de a sus quince años haber tenido un montón de novias y de no ser virgen. A penas había iniciado su camino a la pubertad, Silvio comenzó a demostrar mucho interés por las chicas, las buscaba, las cortejaba, no perdía oportunidad para intentar seducir a alguna.

Un día mientras iba en el ascensor se encontró con una vecina nueva; de unos treinta años, impresionante escote, muy arreglada, de perfume hipnotizante, labios carnosos, tacones altos y piernas sensualmente largas. Al verla, Silvio no pudo disimular su asombro, tal fue la excitación que le produjo aquella mujer que ella misma notó a través de la vista, la erección que le ocasionó al chico.

Silvio no sabía nada de aquella vecina, pero desde ese momento se había convertido en la visión habitual para sus masturbaciones. Sólo sabía que vivían justo en el piso de debajo de su apartamento. En cierta ocasión, se la encontró en la entrada del ascensor abarrotada de bolsas y él caballerosamente se ofreció a ayudarla.

La vecina abrió la puerta para que Silvio colocara las bolsas que traía en la cocina. Como asiduo seguidor de pornografía Silvio se imaginó que ese era el momento en que la vecina se abalanzaría sobre él y tendrían sexo desenfadado. Y en esta ocasión, su conjetura fue bastante acertada.

Ella le ofreció darle una propina por la ayuda, a lo que él se negó amablemente. Entonces ella le preguntó cómo podría agradecerle. Él instintivamente miró hacia el busto de ella y la mujer lo notó, sonriente. Se quitó la blusa y el sujetador y se quedó parada frente a él, observando los ojos del muchacho desorbitados y la erección creciente que se veía a través del pantalón color beige que vestía.

Se acercó lentamente a él, frente a frente sin besarlo, le desabotonó el

pantalón y sacó su miembro. Lo miro gustosamente sorprendida por el tamaño y por la firmeza. Seguidamente se arrodilló para hacerle sexo oral. Unos minutos después ella se desvistió completamente y con su sexo expuesto lo invitó a entrar. Silvio no dudo en entregarle su virginidad a esa desconocida, pero sensual dama.

Después de aquella ocasión, la escena con la vecina no se había repetido. Silvio se la ha encontrado repetidamente en el edificio y en las calles aledañas, pero no intentó nunca buscarla porque asumió que debía ser casada y no quería interferir, ya que le había regalado uno de los mejores momentos de su vida. Aunque ella siguió siendo por muchos años, su sueño húmedo cotidiano.

Esta experiencia lo convirtió en el gurú sexual del grupo y, por supuesto, había adquirido una seguridad sin precedentes. Se creía capaz de aconsejar a cualquiera sobre asuntos amorosos y sexuales. Jairo, por el contrario, no había sentido gran interés por alguna chica, más allá de una atracción superficial pasajera, hasta que se había encontrado con Elba.

El resto de los días de la semana pasaron muy lentos, según el punto de vista de Jairo. Deseaba con ansias que llegara el fin de semana para poder salir con Elba, aunque fuese con Ender y con Silvio en medio. Jairo tenía preparada una lista de posibles temas de conversación, había pasado horas escogiendo el atuendo que usaría cada uno de los dos días que compartirían, también tenía planeado cómo haría que Elba pasara ratos agradables con él, no quería dejar nada al azar.

La noche anterior al primer día de investigación, Jairo no pudo dormir en lo absoluto, justo como había sucedido la noche cuando la vio por primera vez. Esta vez invirtió su tiempo de desvelo en repasar el plan y si todo salía bien, Elba lo vería con otros ojos finalizado el fin de semana. Colocó el

despertador una hora antes de lo necesario, para de esa manera ir primero a buscar a Silvio, quien seguramente llegaría tarde si Jairo no tomaba las previsiones correspondientes.

El despertador sonó y Jairo corrió a la ducha, se vistió rápido pero cuidadosamente, usó loción, cosa que sólo hacía por petición de su madre en ocasiones especiales, desayunó, guardó las meriendas y se fue rumbo a la casa de Silvio. Tocó la puerta y la tía le informó que él aun dormía. Jairo le explicó que estaban retrasados para una tarea, así que lo dejó entrar al dormitorio.

Jairo despertó a Silvio, sacó su ropa del closet, recogió la cámara, la guardó, e hizo todo lo necesario para que su amigo estuviera listo lo antes posible. Silvio estaba casi sonámbulo, acostumbraba a dormirse tarde los días viernes y no despertar sino hasta el mediodía del sábado. Estaba visiblemente incómodo y a punto de molestarse seriamente con uno de sus mejores amigos semejante atrevimiento, sólo se resistió porque se trataba del ritual de cortejo que quería emprender Jairo hacia Elba.

—No sé cuándo te convertiste en una molestia tan grande. —le dijo Silvio a Jairo.

— Te advertí que estuvieras listo temprano.

—Pensé que era el “temprano” de siempre, no esté temprano de madrugada. Qué fastidio. —le replicó con hastío.

—Ya deja de quejarte de una vez y apúrate. —le ordenó Jairo.

Silvio estuvo refunfuñando todo el rato camino a la parada donde habían acordado encontrarse con los hermanos para embarcarse vía al primero lugar histórico que debía visitar esa mañana. Cuando ellos llegaron, Elba y Ender aun no estaban allí, lo que incrementó la molestia de Silvio,

quien no paraba de recriminarle a Javier su arrebató. Pero pronto divisaron que se acercaban los hermanos y Silvio por complicidad con su amigo comenzó a comportarse mejor.

—Hola chicos, disculpen la tardanza. —les saludó Elba con una alegría que Jairo notó que era un poco fingida.

—Hola. —contestaron Jairo y Silvio a la vez.

—¿Listos? ¿Nos vamos? —preguntó Jairo.

—Sí. —respondieron los hermanos y Silvio también.

En el autobús Ender y Elba se sentaron juntos, y Jairo junto con Silvio.

—¿Por qué no te sientas con ella? —le preguntó Silvio a Jairo, señalando a Elba con la mirada.

—No puedo, ¿no ves que va con el hermano?

—Tienes que ser más rápido, te hubieses sentado con ella.

—Tarado...

—¿Qué?

—Nada. —le respondió Jairo con odiosidad.

El camino duró unos cincuenta minutos, durante los cuales Silvio se quedó dormido y Jairo no paraba de observar a Elba. Jairo se había sentado un poco más atrás que ellos así que no podían notar que él los veía insistentemente. Jairo se dio cuenta que Elba y Ender tenían una especie de discusión, pero no lograba escuchar de qué se trataba. Pensó que estaban molestos y quizás por eso notó que ella estaba un poco rara desde que llegó.

Llegaron al lugar planeado, tomaron las fotos, Jairo les explicaba la importancia del lugar cual guía turístico; la verdad es que Jairo se sentía

atraído por la ciudad en general, probablemente había desarrollado este gusto de escuchar la fascinación de su papá por las construcciones de la localidad, ya que él era arquitecto. Por lo tanto, Jairo conocía de los edificios y los lugares más importantes de Cádiz, pero se había esmerado en aprender mucho más en los últimos días, de tal manera de poder impresionar a Elba durante el paseo.

—Conoces mucho de estos lugares, ¿no? —le dijo Elba a Jairo mientras comía un helado que él les había recomendado de la zona.

—Sí, es que mi papá es arquitecto. —le expresó con aires de seguridad.

—Ah qué bien. ¿Y tú también quieres ser arquitecto? —le preguntó.

—Bueno, no. No sé. A mí me gustan también otras cosas.

—¿Cómo qué? —le preguntó Elba con cierto interés.

—Me gustan los coches, el fútbol, el rock... —utilizó uno de los temas que incluía en su lista. Ya que sabía que a ella también le gustaba ese tipo de música porque la había visto en el concierto hace algunas semanas atrás, pero ella no lo sabía.

—¿Sí? —le preguntó sorprendida.

—Sí, ¿a ti también? —le habló intentando parecer ignorante de la información que conocía de antemano.

—Sí, me encanta. ¿Cuál es tu grupo favorito?

—Pues hay varios que me gustan mucho pero el que más me gusta de todos es Cianuro. —le contestó nuevamente haciendo uso de la información sabía de ella.

—¿Es en serio? A mí me encanta ese grupo. Hace poco fui con Ender a un concierto de ellos en la celebración de los carnavales y estuvo

genial. —dijo Elba con visible emoción.

—¿De verdad? No te creo, que casualidad. Yo también fui con unos amigos para ese mismo concierto. Y tienes razón, fue genial. —le dijo sonriendo ampliamente, más que nada por el triunfo que sintió al impresionarla.

—Vámonos, se nos va a hacer tarde. —interrumpió Ender.

Jairo se sentía muy bien, hasta ahora todo iba como lo había planeado. Impresionó a Elba y le había hecho comprender que tenían algunas cosas en común. Estaba francamente satisfecho con los acontecimientos hasta ahora. Sin embargo, volvió a sentarse junto a Silvio quien lo miró con decepción y volvió a recostarse en el autobús para dormir otro rato.

El siguiente lugar era más cercano así que llegaron tras veinte minutos de camino. Recorrieron el lugar, Silvio tomó las fotos y recogieron la información pertinente para la tarea encomendada por la profesora. Jairo le regaló un chocolate que traía a Elba y ella lo compartió con los tres. Todos estuvieron de acuerdo en que era un lugar hermoso.

Más rápido de lo esperado se embarcaban en el autobús que los llevaría de regreso. Por tercera vez Jairo se sentó al lado de Silvio, quien ya estaba espabilado y no paraba de tomar fotos, esta era su costumbre menos desagradable. A los diez minutos de camino, Jairo notó que Ender se cambió de asiento un poco molesto, y el puesto al lado de Elba quedó disponible; así que sin perder tiempo se sentó junto a ella.

—¿Está todo bien? —le preguntó sinceramente preocupado por la escena.

—Sí, no pasa nada. Sólo pelea de hermanos. No es fácil tener un hermano, y menos gemelo.

—Ah cierto, son gemelos. —cayó en cuenta Jairo.

—Sí, ¿no sabías? —le preguntó Elba con sorpresa.

—Es que no lo había pensado en realidad.

—Jajajaja está bien.

—Normalmente los gemelos son del mismo género y muy parecidos.

—le explicó su confusión.

—Sí, eso es cierto.

—¿Estás molesta con él? —le preguntó Jairo.

—No, no estoy molesta. No es nada, de verdad. —contestó Elba.

—Está bien. —Jairo entendió que Elba no quería profundizar en el asunto.

—Entonces, ¿te gustaron los lugares? —le preguntó intentando cambiar el tema.

—Sí, mucho de verdad. Ha sido una experiencia fascinante.

Elba y Jairo estuvieron conversando amablemente todo el camino de regreso. La ruta se le hizo muy corta a Jairo, hubiese querido seguir hablando con ella. Le encantaba su voz, su olor y su sonrisa. Sin embargo, tuvo que despedirse de ella en la parada donde esa mañana se habían encontrado. Jairo y Silvio retornaron a pie camino a sus casas.

—¿Entonces me hiciste caso? ¿la besaste? —le preguntó Silvio a Jairo dándole un ligero toque con el codo en son de complicidad.

—Eres un tarado. —le contestó Jairo.

—El tarado eres tú. —Silvio le dio un manotazo en la cabeza y salió corriendo, y Jairo detrás de él.

Pronto llegaron a los edificios donde vivían, ya que habían corrido todo el trayecto entre chanza. Silvio antes de entrar al edificio le gritó a Jairo que no se olvidara que se verían más tarde en el campo de futbol. Como todos los sábados, Jairo se encontraría con los amigos para jugar. Ese sábado en especial sentía mayor vigor y vitalidad. Sabía que esto se debía a los avances en su acercamiento a Elba. Aunque aún no había pasado nada, él sintió que tenían una conexión especial y estaba muy emocionado por las expectativas.

Esa tarde a Jairo le fue mejor que de costumbre jugando futbol. Había metido cuatro goles en total y había hecho dos buenas asistencias. Tenía muchísima energía disponible. Todos lo felicitaron y regresaron a casa triunfantes. Incluso la mamá de Jairo notaba que estaba de muy buen humor, lavó los platos de la cena mientras silbaba una canción alegre. Estaba algo extrañada pero no quiso romper el hechizo preguntándole a qué se debía tanta felicidad.

Jairo se acostó temprano con la ilusión de que la siguiente mañana volvería a ver a Elba. Sin duda estaba muy cansado; la noche anterior no había dormido nada y ese día en la tarde había jugado varios partidos de futbol a todo lo que le daba el cuerpo. Sin embargo, no se le olvidó colocar la alarman a la misma hora y se acostó a pensar en Elba, de un momento a otro sin darse cuenta, el agotamiento físico y mental le ganó.

En un cerrar y abrir de ojos la alarma sonó y Jairo brincó de la cama un poco asustado ya que durante la noche soñó que había perdido el encuentro con Elba. Al despertar y darse cuenta de que sólo había sido un sueño, sintió un gran alivio. Así que, para no correr riesgos, en pocos minutos estuvo listo y se dirigió a la casa de Silvio para realizar el mismo ritual del día anterior, que resultó ser idéntico.

En esta oportunidad el lugar adonde irían era un poco más lejano pero muy cerca de una hermosa playa. Así que después de hacer lo pertinente para la tarea, habían planeado quedarse un rato en la playa. Todos estaban emocionados, pero sobre todo Jairo. Y aunque Elba estaba visiblemente agotada, también expresó su deseo por conocer esa playa.

Ya en el lugar tomaron las fotografías, hicieron las investigaciones planteadas, tomaron nota y se dispusieron a conocer la playa. En el lugar había, bastantes personas disfrutando del mar. Ellos no habían llevado trajes, sin embargo, esto no le importó mucho a Silvio ya que se metió al mar en pantalón; afirmó que el agua estaba deliciosa y Ender no pudo soportar las ganas de bañarse también, así que se quitó la camisa y se lanzó al agua. Elba desde la orilla se reía de las ocurrencias de los chicos, pero prefirió sentarse. Jairo se sentó a su lado y ambos contemplaron el hermoso paisaje que los rodeaba.

—¿Te gusta? —le preguntó Jairo a Elba.

—Me encanta. —le respondió ella.

—Me alegra mucho.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó Elba.

—No sé. ¿Qué te apetece? ¿un refresco? —le preguntó Jairo, pensando en ir a buscarle una limonada o algo así.

—¿No quieres algo más fuerte? —Elba le mostró desde el bolso una botella de ginebra a la mitad.

—¿Es tuya? —le preguntó sorprendido Jairo.

—Es de mi mamá, pero no se va a dar cuenta que la cogí. —contestó Elba en tono sombrío.

—¿Te gusta? —le preguntó Jairo.

—No mucho, pero debe ser buena; mamá la toma todo el tiempo.

—¿Por eso es por lo que estás molesta? —Elba se sorprendió con lo intuitivo que demostró ser Jairo en ese momento.

—Algo así. Es que papá casi no está en casa, viaja mucho por trabajo. Y cuando está en casa ellos pelean. Entonces mamá bebé. Lo hace sobre todo cuando él no está. Entonces al siguiente día no se puede parar y tengo que encargarme de la comida y las cosas de Ender y mías. —ahora Jairo entendía lo que le pasaba con Elba, por qué peleaba con su hermano y a veces lucía molesta o cansada.

—Entiendo. Pero no creo que sea buena idea que hagas lo mismo que está haciendo tu mamá. Creo que está haciendo mal descuidándolos por preferir una botella. Te traeré una limonada. —Jairo se levantó a buscarla y regresó rápidamente.

—Gracias Jairo. Tienes mucha razón. —le dijo Elba mirándolo a los ojos.

En ese instante ambos se miraban a los ojos y sintieron una verdadera conexión especial. Era algo que Jairo ya había sentido desde que vio por primera vez a Elba, pero ella en este momento fue que consideró que quería estar cerca de ese chico; la hacía sentir protegida y le tenía una confianza inexplicable, nunca le había dicho lo de sus padres a nadie más que a Ender quien lo vivía junto a ella.

Ambos en silencio se miraban a los ojos y Jairo supo que esa era la ocasión para besarla, como tantas veces le había dicho Silvio. Entonces se aproximó sin dejar de mirarla, apoyó una de sus manos en la arena detrás de ella, miró su boca y dejó caer sus labios en los de ella. Elba no se resistió, al

contrario, respondió ante el beso; fue breve pero muy significativo para ambos. Sintieron venir a Ender y a Silvio por lo que se alejaron.

—¿Qué hacen? —preguntó Ender extrañado por el silencio que encontró en el ambiente.

—Nada. —le respondió Elba.

—Debería probar la playa, esta deliciosa. —les comentó Silvio.

—No, gracias. En otra ocasión que tenga traje de baño. —dijo Elba.

—Creo que deberíamos irnos para que no se nos haga tarde en el regreso. —recomendó Ender.

Todos recogieron sus cosas y se encaminaron a la parada de buses. Hablaban de la arena, el agua, el sol, las personas, los trajes de baño, y cosas por el estilo. Cuando se subieron al autobús, Elba no se sentó junto a Ender y con la mirada invitó a Jairo a sentarse con ella y así lo hizo. Pensó que quizás Ender se molestaría con él al darse cuenta de que estaba cortejando a su hermana, si bien no tenía mucha experiencia con las chicas sí la tenía dándose golpes con los chicos, por lo cual los conflictos no le asustaban. Apenas hacía un mes atrás se había enfrentado a golpes a un estudiante de un curso mayor del instituto, por haberse burlado en repetidas oportunidades de uno de sus mejores amigos, Rubén; por algo que, además, a Jairo le pareció una injusticia imperdonable.

Rubén era de padres extranjeros, ellos habían llegado a este país huyendo de una terrible dictadura al otro lado del mundo. Antes de que él naciera, el papá de Rubén, Roberto, había sido integrante de un grupo opositor a la dictadura que hizo llamado a protestas pacíficas a favor de la democracia, por lo cual lo apresaron durante varios años; gracias a la ayuda de algunas personas logró escapar de la cárcel y huyó junto con su esposa lo

más lejos que pudo. En España, le concedieron asilo político, lo que le dio una nueva oportunidad de vida.

Consiguió trabajo como asesor en una organización de derechos humanos y, al poco tiempo de estar residenciados, su esposa quedó por fin embarazada. Habían intentado durante varios años tener un hijo, pero no lo habían logrado. Todos los médicos a los que consultaron les decían que no tenían ningún problema biológico, que deberían poder engendrar, sin embargo, fue una empresa infructuosa por mucho tiempo.

Ahora, en un nuevo país, un nuevo trabajo, una nueva vida, sin siquiera pensar en ellos, por lo creyeron ya imposible, lo habían conseguido. Ambos pensaron que el estrés al que estaban sometidos por la situación política en su país de origen no les había permitido procrear y ahora que estaban serenos mucho más felices juntos, sus cuerpos reaccionaron positivamente dándoles un hijo.

Rubén fue entonces un hijo muy deseado y amado. Sus padres se dedicaron por entero a darle todo lo que necesitaba, tiempo, cariño, consejo, dinero, ayuda; el grupo familiar era muy pequeño, pero muy unido. A decir verdad, Rubén tenía una familia grande, abuelos, tíos y una docena de primos, pero todos vivían regados por el mundo; ya que al igual que sus padres habían tenido que recurrir al exilio. Sin embargo, desde que puede recordar ellos se comunicaban permanentemente por llamadas, mensajes, correos. Incluso en varias ocasiones habían viajado a visitar familiares.

Quizás por la misma condición de extranjeros, el círculo en el que se desenvolvían era muy pequeño. Estaba integrado prácticamente sólo por ellos mismos y algunos satélites ocasionales, por lo cual Rubén era más bien un chico solitario. A pesar de que había nacido en Cádiz, su manera de hablar era más similar a la de sus padres que al de la localidad, por eso quien lo oía

hablar pensaba que era extranjero, como sus padres. Esto resultaba un poco incómodo para él pues se sentía como un extraño en su propia ciudad. Esta condición lo hacía un poco tímido, lo pensaba varias veces antes de conversar con alguien porque algunas personas reaccionaban de manera negativa ante él. Pero esto no ocurría así con los chicos, ellos siempre lo hicieron sentir uno más, porque realmente lo era. Por lo que él se limitaba a socializar prácticamente sólo con ellos.

Un día, durante el receso de las actividades escolares en el instituto, Rubén tropezó a un chico sin intención; por lo cual inmediatamente le pidió disculpas. Pero cuando este chico escuchó hablar a Rubén, lo empujó en respuesta y le dijo algunas cosas desagradables. Los demás se dieron cuenta e intentaron mediar, las cosas se calmaron por ese día. Pero de allí en adelante Rubén recibía insultos por parte de ese granuja cada vez que pasaba a su lado. Esto ocurrió por algunos meses, hasta que, en la cancha de fútbol, mientras jugaban Rubén recibió de parte de él una falta fuerte. Jairo sabía lo que ocurría y al ver que había herido a su amigo se le fue encima al otro. Pelearon fuertemente hasta que los separaron. Después de ese día, aunque siempre los miraba con recelo, ese chico jamás volvió a molestar a Rubén o a alguno de sus amigos.

Esa había sido la pelea más fuerte que tuvo Jairo, y esperaba sinceramente no tener que repetirlo nunca más. Pero si fuese necesario lo haría, pensaba Jairo con serenidad. Y si Ender lo molestaba por querer estar con su hermana tendría que resolver la situación, así fuera a golpes. Cuando Jairo se sentó al lado de Elba, Ender puso mala cara, pero no les dijo nada.

Durante el viaje Elba le habló a Jairo sobre los problemas con sus padres, sobre cómo se sentía de tener que ser responsable en la casa de muchas cosas que no le correspondían por sus edades, entre otras cosas. Jairo

la escuchaba con atención e intentaba consolarla, se ofreció a ayudarla en todo lo que necesitara.

—No quiero verte triste Elba, tienes una sonrisa hermosa; quisiera verte sonreír siempre. —le dijo mientras le tomaba la mano.

—Gracias Jairo. —le dijo apretándole la mano y sonriéndole.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Dime. —le respondió Elba.

—¿Quieres ser mi novia? —le preguntó hipnotizado por aquella sonrisa y por la atmósfera mágica que los rodeaba en ese instante.

—Sí. —al escuchar la respuesta Jairo volvió a besarla.

Una vez que llegaron a su destino se separaron para ir a sus respectivas casas. Jairo iba caminando, pero no podía sentir el suelo bajo sus pies, tenía la impresión de que levitaba en la vía. A su lado estaba Silvio, quien venía hablándole de algo, pero Jairo realmente no lo escuchaba en lo absoluto, simplemente sentía el rumor de su voz a lo lejos que se perdía tras el sonido de los latidos acelerados de su corazón.

Mientras, Elba regresaba a casa se sentía segura, entendida y por primera vez en mucho tiempo alegre; Ender no hablaba con ella, había notado la actitud que tenían Elba y Jairo en el autobús y no quiso interferir en el asunto, le parecía que era decisión de ella y él no tenía nada que ver a menos que Jairo hiciera algo en contra de la voluntad de su hermana, y podía notar que por ahora no era así. Además, Jairo parecía ser un chico decente, realmente interesado en ella.

Cuando los hermanos llegaron a casa, el padre aún no había llegado de su viaje de trabajo y su madre estaba encerrada en su habitación en

silencio. Elba notó dos botellas vacías en el basurero, así que se imaginó cual era la situación. Como estaba de muy buen humor, cocinó la cena para ella y para su hermano. Ender le pareció algo extraño que Elba no se quejara de tener que cocinarle.

—Oye Elba, ¿estás bien? —le preguntó Ender con curiosidad.

—Perfectamente bien. ¿Por qué la pregunta?

—Para empezar porque tú nunca dices que estás “perfectamente bien” y para terminar porque no te estás quejando por tener que cocinar. ¿Pasa algo que yo no sé?

—Quizás. ¿Tú qué piensas? —le respondió juguetona.

—Pienso que estás muy extraña, antes estabas de mal humor y luego de hablar con Jairo te contentaste. ¿A ti te gusta Jairo? —Ender le preguntó con sospecha.

—Puede ser...

—Esa no es una respuesta, ¿te gusta o no te gusta? —Ender le insistió.

—Bueno, sí me gusta. Y más que eso, me pidió que fuera su novia. —le confesó.

—¿Y tú que le dijiste? —le preguntó sin molestia, más bien con una curiosidad cómplice.

—Le dije que sí.

—¿De verdad? —le dijo sorprendido.

—Sí, ¿eso te molesta? —le preguntó Elba.

—No, para nada. ¿Por qué habría de molestarme?

—No sé, a veces los hermanos se ponen de mal humor cuando sus

hermanas deciden salir con un chico.

—Es que yo soy un tipo distinto de hermano. —le contestó con picardía y ambos rieron

Esa noche Jairo durmió en total tranquilidad, la respuesta positiva de Elba funcionada como un bálsamo para su sobresalto. En cambio, Elba si tuvo problemas para conciliar el sueño, pensaba en cómo serían las cosas de ahora en adelante. Nunca había tenido novio, algunos chicos la pretendieron antes pero no le interesó ninguno, ahora Jairo sí había despertado interés en ella. Y más que interés, era una especie de sensación de agrado, tranquilidad y seguridad que ella necesitaba profundamente.

Al siguiente día Jairo se levantó muy temprano, como ya le era costumbre, y esperó a Elba en la entrada del instituto. La vio bajarse del coche del papá, acompañada por Ender. Al verlo esperándola le dedicó una sonrisa, se acercó a él para saludarlo con un beso en la mejilla y él le tomó la mano para ir juntos al aula de clases. Ender lo saludó también con un apretón de manos y Jairo comprendió que no tenía problema por la relación con su hermana.

Caminaron juntos tomados de la mano por todo el instituto por primera vez, la mayoría de los compañeros voltearon extrañados al ver la imagen, pero con el tiempo se acostumbraron; cada día Jairo esperaba a Elba en la entrada y llegaban juntos a las clases. En poco tiempo, todos en el instituto sabían que eran novios, incluso los profesores. Y todos pensaban que eran una buena pareja.

II

El noviazgo

Desde entonces Elba y Ender se incluyeron también en el grupo de Jairo. Aunque en repetidas ocasiones Elba prefería la compañía de Fernanda y Julia, sobre todo cuando los chicos no dejaban de hablar de fútbol o videojuegos. Durante los primeros sábados de la relación, Elba acompañaba a Jairo a los juegos de fútbol, lo miraba desde las gradas, pero luego prefirió pasar ese tiempo con sus amigas. Jairo entendió que debía ser así, ella tenía derecho a pasar un tiempo con otras chicas.

Los padres de Elba de alguna manera sabían que su hija estaba saliendo con un chico, aunque no le habían exigido conocerlo. Cuando cumplieron su primer aniversario Jairo quiso organizar algo para conocerlos de manera formal como el novio de Elba. Ella estuvo de acuerdo, pero sintió un poco de temor; no por lo que pudieran pensar sus padres de Jairo sino por introducirlo en su entorno familiar, en el cual no terminaba de sentirse a gusto ella misma.

Elba les dijo a sus padres que quería hacer una cena ya que quería presentarles formalmente a su novio. Ellos no se sorprendieron y estuvieron de acuerdo. Jairo llegó a la casa de los Ramos con su mejor atuendo, con un ramo de flores para Elba y un pastel que había horneado con su mamá para la ocasión.

—Buenas noches. Pasa adelante. —lo recibió la señora Rocío.

—Buenas noches señora. Traje esto para el postre. —le entregó el pastel, y vio a Elba acercarse.

—Hola, esto es para ti. —le entregó el ramo y la saludo con un beso en la mejilla, lo cual no era usual, pero pensó que era lo adecuado ya que se encontraban frente a los padres de ella.

—Gracias. —le dijo Elba un poco nerviosa.

—Siéntate por acá. —le indicó el señor Gabriel, señalándole el mueble de la sala donde también se encontraba Ender.

—Mucho gusto señor Ramos. —le extendió la mano.

—Un placer muchacho. Entonces, ¿tú eres el novio de Elba? —le apretó la mano.

—Así es señor. —afirmó mientras se sentaba, y Elba estaba a su lado.

—Pues ya era hora de que vinieras. Ya tienen un tiempo saliendo, ¿no?

—Sí, señor. Un año ya.

—Está bien. Quiere decir que el asunto va en serio. ¿Tú lo conocías Ender? —le preguntó a su hijo.

—Sí papá. Somos amigos. —le contestó Ender.

—Entonces debes ser una buena persona para que mis dos hijos te tengan en alta estima. —dijo el papá de Elba.

—Sí señor. Eso intento.

—Pues tienes las puertas de esta casa abierta, me gustaría que vinieras más seguido.

—Será un placer señor. —respondió Jairo ante la amable invitación.

—Ya pueden pasar a la mesa chicos. —interrumpió la señora Rocío.

La cena que preparó la señora Rocío y Elba estaba deliciosa según el

paladar de todos los comensales, quienes no paraban de felicitarlas por la estupenda sazón. Pero el pastel de Jairo merecía una mención especial.

—Tu mamá cocina muy bien Jairo. —afirmó la señora Rocío.

—Sí señora, ella trabaja en un restaurante desde hace mucho tiempo.

—Ah qué bueno. ¿Y te ha enseñado algunas recetas?

—Sí, me ha enseñado un poco. Este pastel lo hicimos juntos. —respondió Jairo.

—Qué delicia. —le expresó la señora Rocío con franqueza.

Después de aquella ocasión, Jairo iba a cenar a la casa de los Ramos dos o tres veces al mes. Incluso a veces ayudaba a cocinar la cena junto con Elba, ya que era algo que realmente a todos les agradaba. Asimismo, siempre acompañaba a Elba del instituto a la casa y a veces se quedaba a pasar un rato. En oportunidades, se quedaba en la casa de los Ramos un rato jugando video juegos con Ender, cosa que ponía de mal humor a Elba porque le prestaba poca atención.

La mamá de Jairo comenzó a trabajar más tiempo, así que algunos días después de las clases todo el grupo se iba a casa de él; a escuchar música, jugar en la consola, hacer las tareas. Un día, aturdidos por el escándalo de los chicos al ver un partido de fútbol en la sala, Elba y Jairo se fueron al cuarto de él. Hablaron un poco y Jairo se acercó para besarla. Hasta aquel día él había mantenido una barrera con Elba, la besaba y eran cariñosos entre sí pero no pasaba más nada. Y no era que íntimamente no lo pensarán. Jairo constantemente pensaba en el deseo que tenía de ir más allá, pero se contenía por temor a asustarla. Además, que eran pocos los momentos que compartían a solas.

Ese día se besaron mucho y Jairo dejó que su mano apretara con

mayor fuerza la cintura de Elba, para luego posarla en su cadera. Elba sentía algo distinto en la energía que tuvieron al besarse y no se quería detener. Después, Jairo se reclinó sobre ella hasta que Elba estuvo acostada y Jairo sobre ella. De esa manera continuaron los besos con la respiración acelerada.

Al principio Jairo no quería que Elba notara su erección, pero estando sobre ella ese pensamiento se le olvidó y más bien intentaba rozar su miembro con el cuerpo de ella. Ambos estaban muy excitados por la sesión de besos y de roces, entonces Jairo hizo algo que había tenido muchas ganas de hacer desde hace tiempo. Por primera vez colocó su mano en el busto de Elba, primero la dejó allí mientras la besaba para que ella se acostumbrara a la sensación y después la tomó con más fuerza. Elba no se resistía y por el contrario se encontraba absorta en las sensaciones novedosas que le recorrían todo el cuerpo.

Elba sentía como se humedecía y se sentía aún más caliente con cada beso, cada roce y cada caricia de Jairo. Él prosiguió besándole el cuello y ella sentía gran placer. Ambos entendían lo que estaba pasando, pero no se querían detener, y deseaban ir más allá. Luego Jairo metió su mano debajo de la camisa de Elba para acceder a sus senos desnudos y ella más que permitirlo, retribuyó la caricia apretando más su cuerpo con el de él.

Jairo pensó que después de casi dos años de relación ya estaban listos para ir más lejos y lo quiso intentar, aunque lo asaltaba el miedo de que en algún momento ella se negara o se molestara. Sin embargo, analizó que bien valía la pena tomar el riesgo en ese momento.

Así que desabotonó la camisa de Elba con cierta torpeza, apartó el sujetador, observó por primera vez uno de sus senos y llevó su boca a ellos. Colocó el pezón en su boca y lo besó, acariciándolo con sus labios y con su lengua. Sentía cómo debajo de su cuerpo Elba se contorsionaba, pero no se

apartaba. Entonces le quitó la camisa y el sujetador para internar su rostro en los senos de ella. Era unos senos grandes para una joven y a Jairo le encantó la sensación de ellos en sus manos. Su erección estaba por explotar, pero él entendía que debía contenerse.

Jairo desvistió completamente a Elba y por primera vez tocó su sexo. Estaba húmedo y caliente, lo acarició y con un dedo buscaba entrar en ella mientras besaba sus senos. Cuando introdujo su dedo hasta la mitad ella se sobresaltó y le dio a entender que le dolía, así que quitó la mano y para seguir con la ocasión se desnudó por completo frente a ella.

Elba observó la erección de Jairo sorprendida, era la primera vez que veía algo así en persona. Jairo seguía sobre ella tocándola y besándola. Y de pronto escucharon que tocaron a la puerta fuertemente.

—Elba tenemos que irnos, mamá nos llamó. —escuchó la voz de Ender.

—Voy. —le gritó ella.

Ambos se apuraron a vestirse y Elba se fue sin despedirse. Caminaba a paso más rápido que el de Ender. No quería que él notara el rubor incontrolable que sabía que tenían en sus pómulos. Al llegar a casa se encerró en su cuarto y recordó todo lo que había pasado hacía un momento, y sentía que hubiese querido continuar. Sintió mucho deseo de hacer el amor con Jairo.

Jairo se había quedado muy preocupado en su casa. Pensaba que seguramente Elba se habría molestado por su osadía de aquella tarde, que no querría saber de él, que terminaría la relación y se asustó mucho. Así que decidió llamarla por teléfono. Le contestó de manera natural, él no le tocó el tema y conversaron como era usual. Entonces Jairo se sintió tranquilo, quizás

si estaba preparada para estar con él de esa manera.

Después de ese día, ambos encontraban el momento y el lugar oportuno para besarse y tocarse. Aunque no volvieron a estar desnudos por ahora, Jairo acariciaba el sexo de Elba mientras le besaba el cuello e intentaba introducir sus dedos dentro de ella, cada vez un poco más; hasta que un día sintió que ingresó en ella por completo y ella movía sus caderas para sentirlo aún más.

Elba también tocaba a Jairo, las primeras veces acariciaba su miembro sobre el pantalón, después metía su mano en el interior, hasta que un día se atrevió a sacarlo para ver mientras lo acariciaba y Jairo se le notaba el placer que aquello le provocaba. No iban más allá, hasta que un día Elba estaba especialmente deseosa y mientras tenía una sesión de besos sentados en el sofá, ella tomó el miembro de Jairo y lo introdujo en su boca. Él no podía creer lo que pasaba y, por supuesto, no quería que se detuviera. Después de un minuto de sexo oral el sintió que no podía más, la apartó y eyaculó. Elba se sorprendió un poco por lo ocurrido, pero a la vez le provocó más deseo.

Jairo sabía que estaban a punto de por fin hacer el amor con Elba, por lo que quiso hacerlo una ocasión especial. Estuvo trabajando unos días de mesero en el restaurante donde estaba su mamá, le dijo que quería ganar dinero para comprarse un CD nuevo que era muy costoso, así que ella lo permitió. Reunió un poco de dinero, alquiló una habitación con vistas al mar en una playa cercana, e invitó a Elba de paseo.

Estuvieron un rato caminando por la playa tomados de las manos, y Jairo la dirigió sorpresivamente al lugar que había rentado para los dos. Era una habitación sencilla, pero con una vista muy hermosa. Elba entendió que ese día se entregaría completamente a él. Se prendó de su cuello y lo besó profundamente.

Habían dejado atrás la vergüenza de la desnudes, así que rápidamente estuvieron desnudos; impulsados por la necesidad imperiosa de consumir por fin su deseo. Acostados se besaron completamente uno al otro, hasta que sus cuerpos vibraban de excitación. Jairo observó cuidadosamente a esa chica que había conocido pero que ahora veía como a una mujer sensual y, entonces, no había más nada que esperar; se internó entre sus piernas, penetrándola poco a poco para evitar en lo posible que le doliera. La humedad que la envolvía le permitió entrar con menor dificultad, en un momento Elba sintió un pequeño ardor, pero su deseo era muy superior.

—¿Estás bien? —le preguntó Jairo a Elba.

—Sí, sigue. —le pidió ella.

Jairo se dejó llevar por el deseo, al principio impulsándose suavemente, acostumbándose a tanto placer. Luego ambos cuerpos fueron necesitando más y ambos se movía al son de su apetito. Dentro de ella, Jairo estaba extasiado, completamente sobrepasado por la excitación. Por lo que pronto lo invadió un orgasmo que le retumbó por todo el cuerpo.

Elba había disfrutado mucho el sentirlo tan apasionado, pero estaba aún más excitada; Jairo supo entenderlo y decidió hacerle oral por primera vez en sus vidas. Elba gemía de placer y a Jairo le gustaba mucho la sensación de hacerla disfrutar con su boca, después de algunos minutos el orgasmo se apoderó de Elba quien gritó por el placer nunca experimentado.

Ese día hicieron el amor tres veces más antes de irse. Sobre todo, porque sabían que era una ocasión de soledad e intimidad difícil de repetir. Habían descubierto un oasis de placer y era difícil no querer seguir bebiendo de su agua. Esa noche de regreso se prometieron amor y fidelidad.

Luego de pasar ese día juntos se hizo especialmente difícil

despedirse, Jairo hubiese querido quedarse con ella y dormir esa noche a su lado, y muchas noches más. Cuando tuvo que dejarla en su casa esa noche, pensó a sus cortos diecisiete años que Elba era la mujer con la que quería pasar toda la vida y que tenía suerte de haberla encontrado tan rápido, así podrían aprovechar juntos todo el tiempo disponible.

Al terminar el instituto Elba quiso estudiar idiomas y Ender abogacía. Era difícil para el padre de ellos cubrir los gastos. Elba estaba triste, no sabía qué hacer. Entonces Jairo se ofreció a ayudarla con los pagos; él trabajaría como mesero en el restaurante de su mamá y ayudándola en la cocina, y estudiaría comercio en la noche. Los padres de Jairo no estaban muy contentos con esta decisión, pero él se impuso y no hubo nada que hacer al respecto. Él le había prometido que la ayudaría en todo lo posible y eso era lo que intentaba hacer.

III

La separación

Jairo le prometió a Elba que iba cuidarla. Y lo hizo con sinceridad, siempre que podía hacer algo para hacerla feliz él se esforzaba en hacerlo. Sin embargo, era difícil apartarla de los problemas en su casa que eran cada vez peores. Jairo la consolaba y le daba palabras de aliento.

—Elba creo que deberías venirte a vivir conmigo. —le dijo Jairo.

—¿Qué?

—Sí, con mi trabajo puedo mantenerte.

—Jairo no podemos vivir aquí los dos.

—Yo hablo con mis padres, no habrá problema. Hay espacio. —Jairo le insistió.

—No Jairo, apenas tenemos diecinueve años, es mucha responsabilidad para nosotros. —Elba se impuso.

—Elba, pero no quiero verte más así.

—Pero no creo que esa sea la mejor solución.

—¿Crees que tus padres se molestarían? Si nos casamos no pueden hacer nada al respecto.

—¿Qué coño te pasa? ¿cómo que nos casamos? —le preguntó visiblemente molesta.

—Elba, ¿acaso no piensas que en un futuro nos casaremos?

—No sé Jairo, estamos muy jóvenes para pensar en eso.

—Yo sé que te amo. —le dijo con formalidad.

—No me vengas con chantajes.

—No es ningún chantaje.

—Yo mejor me voy. Hablamos cuando se te quite la locura. —Elba se fue sin decir más.

Jairo se sintió decepcionado, en ocasiones discutían, pero nunca se iba tan molesta como en aquella ocasión. No entendió por qué se molestó tanto y se preguntó si acaso ella no tenía la misma ilusión que él de estar juntos para el resto de sus vidas, pero intentó no volver a pensar en eso porque era realmente muy doloroso para él. Esperó un rato y le mandó un mensaje:

—Discúlpame mi bella. No me gusta verte triste. Yo solo quiero que tú seas feliz.

—Lo sé Jairo. Pero por ahora no quiero hablar de matrimonio.

—Está bien. —accedió Jairo.

En el instante, él pensó que Elba quizás estaba un poco sensible por los problemas familiares, así que intentaría no mencionarle más el asunto por un tiempo. Todo siguió como de costumbre entre ellos dos. Jairo y Elba no perdían oportunidad para tener intimidad cuando sus padres no estaban en

casa, aunque era difícil entre los estudios de ambos y el trabajo de Jairo.

Con el tiempo y debido a las ocupaciones, Jairo había tenido que dejar de ver tan seguido a sus amigos, pero ellos entendían la situación. Silvio se había dedicado por completo a la fotografía, Manuel había estudiado comercio con Jairo, Rubén trabajaba en una empresa como técnico electrónico, Ender estudiaba abogacía aun y Daniel trabajaba en un taller mecánico a tiempo completo. Poco a poco todos tomaban su rumbo; ninguno había terminado como futbolista o como desarrollador de juegos de video, como lo soñaban cuando eran apenas unos chicos. Pero a los veintitrés años seguían siendo amigos como lo había prometido desde siempre, aunque se veían menos que antes.

Un sábado se comunicaron todos para reunirse, irían a un local a tomar unas cervezas y pasar un rato juntos. Se encontraron en el bar con mucha emoción, hablaban y bebían. Aparte de Jairo, Manuel y Rubén también fueron con sus novias. La estaban pasando muy bien, por lo menos eso pensaba Jairo.

De un instante a otro, Jairo cayó en cuenta de que tenía un rato que no veía a Elba y fue a buscarla. La encontró bailando con un desconocido de una manera muy sugerente. Jairo haló a Elba por un brazo para llevársela y ella lo empujó, estaba obviamente bebida, mucho más de la cuenta.

—Déjame en paz. —le gritó.

—¿Qué te pasa a ti? —el extraño empujó a Jairo.

—Ella es mi novia, imbécil. —le gritó Jairo.

—Vámonos Elba. —la tomó de nuevo por el brazo, muy molesto.

—No quiero, suéltame. —Elba le apartó la mano.

—¿Pero qué es lo que te pasa? —la enfrentó Jairo.

—¿A ti que te importa?, estás muy feliz allá con tus amigotes. —le echó en cara.

—Elba ellos también son tus amigos.

—No, ellos siempre han sido amigos tuyos, y cuando estás con ellos no me prestas atención. —le reclamó Elba.

—Pero si mi atención es siempre para ti. Hoy solo queríamos reunirnos todos un rato porque tenemos tiempo que no nos vemos.

—Entonces sigue divirtiéndote con ellos y a mí déjame en paz. —Elba se fue.

—¿Para dónde vas? —la siguió Jairo.

—No te importa.

—¿Cómo que no me importa?

—No quiero que me sigas Jairo. Vete. —le dijo con mucha firmeza.

Él entendió que no ganaba nada yendo tras ella, por lo que decidió irse a su casa. No quería regresar al bar, los chicos le preguntarían qué pasó y él pensaba que no debía contarles. Era extraño que se comportara así, a veces era odiosa cuando él se reunía con sus amigos, pero nunca había hecho nada así. No entendía qué más podía querer si él le daba todo lo que le era posible otorgar.

Al llegar a casa le escribió a Elba, pero no recibió ninguna respuesta. Manuel lo llamó desde el bar y le dijo que se había ido porque se había sentido mal, pero de alguna manera su amigo sabía que estaba mintiendo. Al siguiente día Elba seguía sin comunicarse con él. Así que llamó de manera directa al celular de Ender para preguntarle por ella, era algo que nunca hacía

para mantener su amistad con él y la relación con Elba dentro de los límites que consideraba adecuados.

—Ender discúlpame que te pregunte esto, pero ¿Elba está bien? No contesta mis llamadas ni mis mensajes.

—Casi no la he visto, se llevó la comida para el cuarto y ha estado todo el día encerrada. Supuse que estaría molesta.

—Está bien. Gracias. Y de nuevo, disculpa la molestia.

Era obvio que Elba no quería hablar con él. Pero Jairo necesitaba que ella le explicara lo que estaba sucediendo. Así que al día siguiente no fue al trabajo y la esperó en la salida del instituto de idiomas. Sabía a la hora que salía; sin embargo, tuvo que esperarla un poco más de cuarenta minutos. La vio salir con dos amigas de lado y lado y se acercó a ella, las amigas se despidieron rápidamente antes de que él llegara a su encuentro.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó delante de Elba.

—No me contestas las llamadas ni los mensajes, y necesito hablar contigo.

—Dime.

—Elba, ¿qué te pasa?, ¿por qué estás tan molesta conmigo?

—Jairo no entiendes nada.

—No entiendo, por eso estoy aquí, necesito que me expliques.

—Sinceramente no estoy de humor para eso.

—¿Y entonces? —le preguntó Jairo.

—Hablamos en otro momento. —le dijo y se fue.

Jairo se sentía frustrado. Tal parecía que había hecho algo terrible

para que ella estuviera molesta y no tenía ni la menor idea de lo que era. Pero pensó que sabía qué tenía que hacer para arreglar las cosas. Jairo había empezado trabajar hacía poco en un concesionario de coches, gracias a la recomendación de su amigo Daniel, y recibió su primer pago por comisión de venta, le había ido bien.

Al recibir el cheque pensó que era el momento para alquilar un lugar. Días atrás había ido a ver un piso cercano a una playa, que tenía una vista similar a la que tuvieron los dos cuando hicieron el amor por primera vez. Acordó con la inmobiliaria que llamaría pronto para concretar, y pensó que era su mejor opción para lograr reconciliarse con Elba. Por lo que llamó para confirmar la renta.

Días después fue a la casa de Elba a buscarla para llevarla al lugar alquilado y sorprenderla, ya había pasado unos años desde que discutieron porque él le habló de vivir juntos; entonces, pensó que ya había pasado suficiente tiempo y que era hora de retomar la propuesta. Estuvo hablando con la madre de Elba antes de que ella saliera de la habitación para recibirlo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Elba.

—Quiero mostrarte algo. —le respondió Jairo.

—¿Qué?

—No está aquí, tenemos que salir. —le dijo Jairo.

—Jairo no tengo ganas.

—Elba por favor, de verdad creo que te va a gustar.

—Bueno, vamos. Creo que tenemos que hablar de todas maneras.

—Vamos y hablamos entonces. —Jairo intentaba convencerla.

—¿Para dónde vamos?

—Es una sorpresa. —le sonrió.

Jairo llevó a Elba al piso que ya había alquilado para ellos, y tenía intención de pedirle que se mudaran juntos, allí, con la hermosa vista de fondo. Él se sentía muy emocionado, no sólo por la idea de reconciliarse sino porque por fin estarían en el siguiente nivel de la relación.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Elba.

—Quiero mostrarte algo. —la guio hasta la habitación y le mostró la vista que se apreciaba desde allí.

—¿Qué es?

—Es la vista, es idéntica a la que tenía el cuarto donde hicimos el amor por primera vez.

—¿Qué tratas de decirme? —le preguntó Elba curiosa.

—Renté este piso por esa vista, para que nos mudemos juntos para acá.

—Jairo le dijo con visible felicidad, mientras que la cara de Elba era de una sorpresa incómoda realmente inesperada.

—¿Y no me consultaste? —le preguntó en tono de reproche.

—Era una sorpresa mi vida, pensé que te gustaría. —se notó en Jairo la decepción por la reacción de ella.

—Jairo, necesito decirte algo.

—Dime.

—Aplicué para un trabajo como pasante de idiomas en una empresa en Londres, y me aceptaron.

—¿Qué?, ¿y tú cuándo me consultarías eso? —le preguntó Jairo mientras intentaba no quedarse sin aire por la noticia.

—Jairo, no necesito pedirte permiso para esto. —le respondió con sequedad.

—¿Vas a irte?

—Sí. —afirmó Elba con total seguridad.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé. Quizás esté allí un año, pero planeo buscar trabajo estable y quedarme allá. —Jairo no dio crédito a lo que escuchaba.

—¿Y yo qué? —intentaba entender lo que Elba quería.

—Jairo, hemos vivido momentos especiales que nunca olvidaré, pero queremos cosas distintas. Yo quiero viajar, salir de aquí, estar lejos y tú amas esta ciudad, no tienes intenciones de conocer otra cosa. Necesito vivir más.

—No lo puedo creer. —Jairo estaba a punto de desmoronarse al entender que estaba rompiendo con él.

Elba salió de la habitación y se fue. Jairo sintió cómo todo el peso del mundo le caía en el pecho. No pudo levantarse para ir a casa, se quedó allí; además, no quería que sus padres se dieran cuenta que había estado llorando un buen rato. Nunca había llorado de esa manera, sentía un dolor intenso en el pecho, una desesperación asfixiante. No sabía qué hacer. Estaba claro que Elba ya no lo amaba, a pesar de que él había dedicado su existencia por completo a intentar hacerla feliz por todos los medios.

IV

El despecho

Jairo decidió que de todas maneras se mudaría al piso, aunque allí sería aún más difícil olvidarse de Elba; ya que había imaginado que sería el lugar donde comenzarían su vida juntos. En pocas semanas terminó de mudarse e invitó a sus amigos a una celebración, intentando dejar de pensar en su sufrimiento. Fueron sus amigos más cercanos, incluyendo a Ender.

—¿Cómo estás, Jairo? —se le acercó Ender.

—Bien, Ender, ¿qué tal tú? —le preguntó Jairo.

—Bien, bien. Lamento lo sucedido con Elba, de verdad.

—Bueno, esas cosas suelen suceder. Tú y yo podemos seguir siendo amigos, si te parece que eso está bien.

—Claro que sí. Somos amigos. —le dijo Ender mientras lo tomaba por el hombro.

—Sé que no debería preguntarte nada, pero ella no me dijo más nada. ¿Cuándo se irá?

—Jairo, ella se fue hace unos días, pensé que lo sabías.

—No... —respondió mientras sentía que se iba a desvanecer.

Jairo hizo esa noche lo que todos sus amigos y especialistas recomiendan, beber alcohol hasta quedar totalmente inconsciente. Trató de mantener la compostura delante de sus amigos, pero en la soledad el peso de la ausencia de Elba lo hundía más allá del suelo. Con tan solo veintitrés años se sentía como un anciano al que se le había terminado el tiempo de vivir.

Cada día que pasó al lado de Elba, agradeció la fortuna de estar con la mujer que amaba y que él creía que lo amaba de manera recíproca. No consideraba la posibilidad de que ella no estuviera en su vida, por lo que había planificado su existencia entera con ella como prioridad. Ahora no sólo se sentía solo, se sentía sin rumbo.

Al principio, intentó suprimir cualquier tipo de pensamiento que tuviera que ver con ella; apenas una imagen de ella asaltaba su mente, él desviaba ese recuerdo mediante cualquier método, trabajo, lectura, cocina, alcohol, juegos de video, salidas con amigos, lo que fuera necesario para mantenerla fuera de su cerebro.

Con el paso del tiempo intentó salir con otras mujeres. Conoció algunas y lograba concretar encuentros con ellas, alguna le gustó más que otra, pero el asunto no trascendía más allá de unas pocas semanas de salidas. Él secretamente sentía que si se entregaba de nuevo saldría herido, como le pasó con Elba.

A partir de algunas relaciones cortas fallidas, Jairo empezó a creer con firmeza que Elba había sido el amor de su vida y que no merecía la pena intentar reemplazar con otra mujer. Una madrugada cuando no podía dormir ingresó en su cuenta de Facebook y buscó a Elba. No eran contactos por lo tanto no podía ver todo lo que estaba en su página, pero algunas publicaciones eran públicas.

Vio sus fotos en Londres, con amistades que él no reconocía, también leyó sus comentarios acerca de lo feliz que era allá; se le notaba muy feliz. Jairo sintió un puñal atravesándole el pecho. Él no lograba seguir su vida como lo desearía, mientras que ella lucía completamente satisfecha sin él. Tenía la necesidad de contactarse con ella, así que le escribió un mensaje privado en aquella ocasión, pero nunca obtuvo respuesta.

Trataba de mantener su dolor para sí mismo. Ya que dedicaba tanto esfuerzo en el trabajo, le iba muy bien. También tenía una buena relación con sus amigos, ya que invertía tiempo en estar con ellos; sobre todo con Manuel que trabajaban juntos. Casi todos los días, después del trabajo se tomaban una cerveza en un lugar cercano al concesionario. Manuel conocía muy bien a Jairo y sabía que, aunque intentara demostrar lo contrario, seguía afectado por la ruptura con Elba.

—Jairo, ¿has vuelto a hablar con Elba? —le preguntó un día, varios años después del rompimiento de la relación.

—No. —le respondió Jairo.

—Ok. Pero ¿has intentado hablarle? —le preguntó cauteloso.

—No, Manuel. ¿Por qué? —le respondió un poco incómodo.

—Bueno ya ha pasado un tiempo y sería agradable que mantuvieran el contacto.

—Manuel, sabes que las cosas no terminaron bien.

—Lo sé, creo que es una manera de sanar el asunto. ¿No crees? —le dijo en tono de consejo.

—No creo que sea posible, si te soy sincero.

Jairo pensó que al pasar del tiempo iría perdiendo el interés por Elba y su vida, pero no era así. Cada cierto período recaía y volvía a revisar sus publicaciones en Facebook. No fue sencillo, para nada, cuando la vio en una foto con un hombre rubio que obviamente era su nuevo novio. Sintió el ardor en el pecho como si fuese el primer día de la ruptura, aunque ya había pasado casi siete años.

V

Los treinta

Luego de una fuerte depresión Jairo intentó animarse, se dio cuenta que pronto cumpliría treinta años así que haría una fiesta con sus seres queridos. Llamó a sus amigos de infancia y todos estuvieron muy felices de asistir, les dijo que podían invitar a quienes quisieran, haría una barbacoa a la orilla de la playa cercana del piso donde aún vivían.

Tardó algunos días organizando todo, Manuel fue de gran ayuda para esa organización. Ambos estaban emocionados con el festejo. Manuel tenía la ilusión de ver en Jairo aquel amigo alegre que era hacía unos años atrás y pensó que aquella podría ser la ocasión ideal para ello. Cada uno de los chicos se dispuso a ayudar en lo necesario para la celebración.

Así, llegó el día del cumpleaños número treinta de Jairo y sus amigos más queridos decidieron acompañarlo en la celebración: Daniel, Manuel, Silvio y Rubén. Todos estaban muy ilusionados por reunirse también. Otras personas invitadas por ellos también asistieron. Algunos que Jairo no conocía, pero esto no le incomodó en lo absoluto. Contrariamente se sentía muy a gusto conociendo a personas nuevas aquel día.

Entre las personas nuevas que distinguió en la celebración había una chica de estatura pequeña, tez blanca, cabello castaño oscuro, ojos claros y muy sonriente, a quien vio observándolo en varias oportunidades. Supuso que lo veía repetidamente porque ella sabía que él era el cumpleañosero. Sin embargo, la insistencia de la mirada lo obligó a presentarse formalmente.

—Hola ¿Qué tal? —le dijo muy resuelto.

—Hola, muy bien ¿y tú? —le contestó con gran amabilidad.

—Muy bien.

—Por cierto, feliz cumpleaños. —la chica le regaló una sonrisa.

—¡Gracias! ¿y a quién le debo el honor de tu presencia? —le preguntó galante.

—Pues soy prima de Julia, la novia de Rubén. Me dijo que había una fiesta excelente y que podía venir, así que no podía faltar.

—Ah, pues qué bueno que viniste, estaba cansado de ver las mismas caras masculinas de siempre.

—Jajajaja pues Rubén tuvo razón. Es una excelente fiesta y el cumpleañosero es encantador.

—¿Lo de encantador lo dijo Rubén? —le preguntó con fingida sorpresa.

—Jajajaja no. Eso lo digo yo. —le comentó con picardía

—Honor que me hace, señorita... —alargó la palabra para que ella le diera su nombre.

—Sara, mi nombre es Sara.

—Hermoso nombre. Es un placer conocerte Sara. —les extendió la mano.

—También es un placer para mí, Jairo. —le estrechó la mano.

—¿Y quién te dijo mi nombre?

—No estoy segura, debí escucharlo por allí.

A partir de ese momento siguieron hablando por un buen rato. Durante ese tiempo Jairo no pensó en más nada, sino en la sonrisa de aquella chica atractiva y muy agradable. Le encantaba hacerla reír, hacia muchísimo tiempo que no sentía la necesidad de escuchar la risa de alguien. Era obvio que Sara tenía algo muy especial, que no había encontrado en ninguna otra chica hasta ese momento.

Al final de la celebración Jairo le pidió su número telefónico, pensaba que sería buena idea mantener el contacto con ella. Cuando fue a dormir, después de la fiesta, recordó a Sara con una sonrisa de ternura. Y el recuerdo de Elba se sintió menos cercano que antes, más parecido a una sombra. Decidió que debía aproximarse a Sara, quizás ella era la persona que lograría devolverle el rumbo a su vida. Atendiendo a esto, le escribió un mensaje apenas se despertó.

—Hola Sara. ¿Cómo estás? ¿Ya despierta? Espero que no tengas resaca.

—Hola Jairo, estoy muy bien. Gracias. ¿Cómo estás tú? Yo tengo una

excelente solución para la resaca, así que no sufro de eso. Y menos mal, porque en un rato tengo turno en mi trabajo.

—Caramba, vas a tener que darme ese remedio. Me duele un poco la cabeza. Es una lástima q tengas q trabajar, tenía ganas de ir por un café con alguien agradable, y pienso que eres la mejor opción.

—Es una lástima ciertamente. Pero quizás después del trabajo si aún gustas.

—Claro. ¿a qué hora sales de trabajar?

—A las seis de la tarde.

—Está bien. A eso hora me encantaría un buen café.

—Bien, ¿dónde nos vemos?

—Paso por ti al hospital si me dices dónde queda.

—Ya te envió la dirección.

De esa manera, Jairo y Sara acordaron encontrarse después de su turno e ir por un café. Jairo Estuvo durante el día descansando y al acercarse la hora de ver a Sara, se esmeró un poco más de lo habitual en disponerse para salir. No fue directo a buscarla, primero pasó por una floristería a comprarle una rosa a Sara. Pensó que era lo más adecuado para la ocasión. Recordó que no le había regalado una rosa a nadie después de Elba, pero intentó apartar ese pensamiento de inmediato de su mente, no quería arruinar el momento con tristezas.

Recogió a Sara a la salida de su trabajo y le entregó la rosa. Ella se sorprendió y se le advirtió en el rostro que el gesto le había encantado. Lo agradeció con un beso en la mejilla que sonrojó un poco a Jairo. Juntos fueron por un café helado en un lugar que ella le recomendó y a Jairo le gustó

bastante. Hablaron acerca de sus trabajos y algunas anécdotas divertidas de sus vidas, ambos se rieron a placer y acordaron que debía repetir la salida pronto.

Jairo llevó a Sara hasta la puerta del edificio donde vivía. Se despidieron con un beso en la mejilla y la promesa de mantenerse en contacto. Jairo manejó rumbo a su casa con sensaciones ambiguas, por un lado, se sentía de muy buen humor gracias a Sara, y por el otro no podía evitar sentir una especie de pendiente, que él sabía con certeza que se trata del recuerdo de Elba que seguía presente.

Jairo y Sara se escribían y se llamaban de manera constante, así fuese simplemente para saber que tal había estado el almuerzo o que tal iba el trabajo, y también continuaron con las salidas. Salían a beber café, charlar en un parque, por unas cervezas, al teatro o al cine, pero Jairo no se atrevía a avanzar en la relación, aunque Sara le gustaba mucho. Sí sentía muchos deseos de besarla, pero algo lo detenía, seguramente el miedo de ser herido de nuevo.

Un día Manuel y Silvio invitaron a Jairo a un bar a pasar el rato. Jairo dispuso pedirle a Sara que fuera con él y como de costumbre ella accedió. La recogió en su lugar de residencia y se dirigieron al local pautado con los amigos. Al llegar, ya los otros estaban allí y fueron amables con la presencia de Sara.

Pasaron el rato escuchando las aventuras de Silvio con la fotografía y contando algunas anécdotas. A Sara se le notaba muy cómoda entre aquellos tres hombres, y Jairo no pudo evitar comparar la situación con las ocurridas con Elba, quien usualmente se irritaba cuando salía con sus amigos.

—Oye Sara, ¿y tú en qué trabajas? —le preguntó Silvio.

—Soy enfermera.

—Uy, hay que tener una vocación impresionante para ejercer esa profesión. —le dijo Silvio con autenticidad.

—Sí, es verdad. Creo tenerla ya que disfruto mi trabajo, me gusta poder ayudar a los demás en los momentos más difíciles.

—¿Y conoces un doctor que pueda ayudar a Jairo con su locura? —le dijo en son de chanza.

—Hey. —exclamó Jairo.

—Jajajaja puedo consultar eso en mi agenda. —continuó con la broma.

—Excelente. Y así lo ayudas con el tratamiento. —le guiñó el ojo a Sara.

—Veré que puedo hacer al respecto. —le devolvió el guiño y todos se rieron.

—Siempre tú de entrometido. —le dijo Jairo a Silvio en voz baja.

A Jairo le gustó mucho que Sara se desenvolviera tan bien con sus amistades, le parecía un gesto muy simpático de su parte. De camino a la casa de Sara, ella le iba conversando de lo sociables que le parecían todos sus amigos, incluyendo a Rubén; quiso saber cómo se habían conocido y Jairo le contó que se conocían desde niños. Al llegar a la puerta del edificio, Jairo sintió que era el momento de besarla o dejarla, ya que estaban un poco atascados en ese punto.

Él entendió que quería seguir viéndola así que tenía que besarla. Cuando estaban por despedirse con un beso en la mejilla, como era usual, Jairo con su mano atrajo el rostro de Sara y la besó suavemente en los labios, con un poco de inseguridad. Ella respondió al beso con una sonrisa y otro

beso, que tuvo la energía de un beso de agradecimiento. La verdad es que ella también quería seguir viéndolo, y más que eso, sentía que él le atraía muchísimo.

—Buenas noches. —se despidió Jairo.

—Muy buenas noches Jairo, gracias por todo. —le respondió, con una sonrisa de complicidad.

Jairo se sentía excelente, como no se sentía hacía mucho tiempo atrás. Una brisa fresca había llegado a su vida y lo estaba liberando poco a poco de sus inseguridades. Definitivamente quería mantener a Sara en su vida. Su amabilidad, cordialidad y paciencia lo estaban cautivando completamente. Aunque no sentía la premura del amor adolescente, en ella encontraba una paz que antes no había experimentado.

A partir de esa noche, continuaron los besos inocentes y las caminatas tomados de la mano. Jairo estaba confiado en que ir con cautela era lo más apropiado en este caso, ya que no quería salir herido y también porque desarrolló preocupación por Sara, y no pretendía hierirla tampoco. Y aunque no hubo una petición formal de noviazgo, ambos lo habían asumido de esa manera.

VI

Un paso adelante

Por su lado, Sara pensaba que era tierno que Jairo fuera con tanta prudencia en la relación. Pero intuyó que podía ayudarlo a avanzar un poco más, así que un día cuando Jairo la recogió en el trabajo para ir a cenar, ella de manera sorpresiva le indicó que cenarían en su casa, ya que había aprendido una receta que quería compartir con él. No hubo pregunta ni nada, simplemente le dijo que iba a su casa; era lo que Jairo necesitaba, un poco de imposición.

Era la primera vez que él entraba a la casa de Sara, le pareció un lugar acogedor y de buen gusto. Sara le pidió que la acompañara a la cocina para conversar mientras cocinaba, pero Jairo se ofreció para ayudarla. Así que estuvieron cocinando juntos mientras conversaban y se reían. Sara siempre de

alguna manera hacía reír a Jairo, y a él le gustaba hacerla reír también; sin duda era notable que se divertían estando juntos.

Sara compró la cerveza favorita de Jairo, y él se impresionó que hubiese notado ese detalle sin decírselo explícitamente. La cena estuvo muy buena, realmente la nueva receta de Sara tenía buen gusto. Luego de comer, ambos continuaron la velada conversando mientras bebían algunas cervezas.

Cuando Sara se levantó de la silla para buscar la siguiente ronda, Jairo la tomó por el brazo y la jaló. En ese momento, estaba invadido por una sensación de enamoramiento por Sara, sentía que ella había traído luz a su penumbra y en ese momento su deseo por ella se despertó. Sara se impresionó por el gesto de él, fue algo que no había hecho antes, pero quiso saber adónde llevaría aquello.

Jairo también se levantó para quedar pegado al cuerpo de Sara, se miraron a los ojos por varios segundos y él se inclinó para besarla, mientras la tomaba por la cintura. Ella se aferró de sus hombros fuertemente. Al separarse del beso ambos sabían qué iba a pasar, Sara lo tomó de la mano y lo condujo a su habitación, donde ante él se desnudo por completo; ella había imaginado aquella escena una docena de veces.

Él la detalló por completo. Tenía una silueta bien marcada, curvas pronunciadas, cintura estrecha, senos medianos y caderas amplias que coronaban a unas piernas muy bien torneadas. Jairo se impresionó con el atractivo de esa mujer. Si bien estaba seguro de que era muy hermosa, no tenía idea de la magnitud de la belleza y la sensualidad que escondía debajo de la ropa.

Jairo entonces se dispuso a hacer lo mismo, se desvistió delante de ella. Se apenó un poco al mostrar la erección que exhibía su miembro, lo que demostraba el deseo que le provocó la desnudez de Sara. A ella le encantó

sus músculos marcados en los hombros y brazos, cuando miró su miembro se sorprendió gratamente al ver que estaba bien alerta y se sintió excitada.

Se acercaron entre sí y continuaron besándose. Pronto estaban en la cama acostados y Jairo se deleitaba saboreando los senos de Sara. Mientras que ella le apretaba los hombros. Jairo siguió bajando para probarla por completo, Sara gimió cuando sintió la lengua de Jairo explorando su interior.

Cuando la excitación de Sara estaba a niveles insuperables, él se detuvo para poseerla por completo. En el instante que entró en ella, Jairo cerró los ojos para disfrutar toda la sensación, y Sara al contrario permaneció con los ojos abiertos para observar los gestos de él. Verlo disfrutar del momento, le daba placer a la vez a ella misma. Él se movía sobre ella como si la conociera, como si supiera exactamente lo que ella deseaba.

Sara se dejó poseer por Jairo, se entregó a él con la convicción de que era un hombre atractivo, valioso, tierno, gracioso, sincero y amable. Y sobre todo lo hizo porque lo deseaba, desde la primera vez que lo vio no pudo evitar que su mirada no se despegara de él. En aquel momento era algo lejano, idílico pero ahora ese deseo por él se hacía físico, real; y estaba disfrutándolo al máximo.

Ella tomó la iniciativa, ya que quería estar sobre él y ser quien guiara el movimiento; le encantó sentarse sobre él con sus manos en esos hombros que tanto le atraían. A Jairo le llenó de placer, ver en todo su esplendor a esa mujer de cuerpo magnífico y movimientos sensuales. Pronto los dos quedaron exhaustos y satisfechos, abrazándose en la cama.

- Quédate a dormir. —le pidió Sara a Jairo, él le dio a entender una respuesta afirmativa con su sonrisa y un beso tierno en los labios.

Durmieron abrazados toda la noche, fue la primera noche que durmieron juntos. Ambos durmieron de manera plácida, no hubo sueño ni recuerdo que perturbara la tranquilidad que sentía Jairo esa noche en los brazos de Sara. Y ella durmió sintiéndose realmente acompañada, ya que lo percibía presente en cuerpo y alma a su lado.

Al llegar la mañana, el encanto entre ambos continuaba intacto. Bebieron un poco de café y desayunaron en el piso de Sara, ambos estaban visiblemente sonrientes. Jairo trabajaba más temprano ese día, así que tuvo que despedirse de ella en vez de acompañarla al hospital; sin embargo, ella comprendió que él tenía una responsabilidad que cumplir.

Se despidieron con un tierno beso en la puerta, como es tradicional en las parejas con tiempo juntos, y Jairo se fue rumbo al concesionario. Hacía poco tiempo que lo habían ascendido como director de la sede y quería mantener una asistencia ejemplar, de lo contrario hubiese preferido quedarse a pasar también el día con la mujer que había hecho memorable su noche.

—Hola Jairo, ¿cómo estás? —lo saludó Manuel.

—Hola hermano, estoy muy bien. ¿cómo estás tú? —le contestó con alegría Jairo.

—Bien, pero tú definitivamente estás mucho mejor. ¿a qué se debe tu sonrisa?

—No sé de qué hablas. —le contestó Jairo.

—¿No sabes o no me quieres decir? —le preguntó a Jairo.

—Jajajaja tú si tienes cosas. Estoy normal.

—Sí, claro... —le contestó con ironía.

—¿Ah no me crees?

—Sólo respóndeme algo, ¿esa alegría de hoy tiene nombre de mujer?
—le preguntó de manera suspicaz.

—Jajajajaa. Mira, anda a trabajar es lo que es. —le contestó autoritariamente.

—Sí señor. —le contestó en posición de firme, saludándolo con la mano al estilo militar y ambos se rieron.

Al instalarse en la oficina recibió un mensaje de Sara en el cual le expresaba su deseo de que tuviera un excelente día y en agradecimiento por la estupenda noche. Se sintió enternecido por ella, siempre amable, con la mejor disposición, atenta, cariñosa y muy sensual, cualidad que estaba apenas descubriendo y le encantaba.

—Gracias cariño. Más bien soy yo quien te tiene que agradecer a ti la cena, el placer, el sueño agradable y el desayuno. Espero que se repita pronto.

—Sabes donde vivo, se puede repetir cuando sea de tu gusto.

—¿No crees que es una propuesta peligrosa? Podría querer muy seguido.

—Eso no representa peligro. Yo espero que quieras seguido.

Aquella simple conversación por mensajes le había provocado una remembranza de la noche pasada muy agradable que le estremeció el cuerpo. Tuvo que esforzarse para centrar su atención en los asuntos laborales que tenía pendientes. Lo único que no le gustaba de su nuevo puesto era que tenía poco contacto con los clientes, atender al público era algo que le daba satisfacción; por eso, aquel día, cuando estaba de tan buen humor, quiso atender a algunos para sentirse el contacto con las personas.

Jairo estuvo conversando con algunos potenciales clientes esa mañana. Después del mediodía notó que dos hombres observaban un coche, visiblemente interesados así que se acercó a ellos para atenderlos. Su desconcierto no fue poco cuando al hablarles notó que uno de ellos era Ender, el hermano de Elba.

—¡Jairo! ¿Cómo estás tú? —lo saludó Ender con emoción auténtica.

—Ender... Qué sorpresa. Tiempo sin verte. —le contestó Jairo tratando de disimular su conmoción.

—Quiero comprar un coche y me dijeron que tú trabajas aquí, así que por supuesto que vine para acá.

—Qué bueno. Pues en este momento no estoy como vendedor, pero no te preocupes, voy a asignarte a alguien que te atienda bien. —le dijo Jairo intentando zafarse del momento incómodo.

—Bueno... claro, claro... Pero también quería verte. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? —le habló un poco nervioso.

—Muy bien. Estuve unos meses en Londres con Elba, pero ya estoy de regreso.

—Qué bueno. —manifestó Jairo sin saber qué más poder decir.

—Sé que ustedes dos siguen sin hablarse, pero sería bueno que dejaran todo atrás de una vez. Ya ha pasado bastante tiempo, ¿no crees?

—Sí, claro... —respondió de nuevo de manera automática.

—Y aparte de ser el glamoroso director del concesionario ¿qué has hecho?, ¿te casaste?, ¿tienes hijos? —le preguntó con real interés.

—No. Aún no. Tengo novia. —le contestó Jairo para hacerle ver a

Ender que ya ha superado a Elba.

—Qué bien. Me alegro por ti. Hay que reunirnos, me encantaría conocer a la dama afortunada que te pescó.

—Sí, sería bueno. Te envió entonces a mi mejor vendedor. Saludos para tus padres. —se despidió Jairo intentando cortar la conversación que le parecía muy perturbadora.

—Vale Jairo. Estaremos en contacto. —se despidió Ender.

Jairo se fue inmediatamente a su oficina y colocó el seguro de la puerta para que nadie pudiera entrar. No podía permitir que lo vieran tan alterado cómo se encontraba en aquel momento, su corazón estaba desbocado. El encuentro con Ender lo tenía descolocado por completo. Lo peor es que tuvo que ser justamente ese día, cuando todo parecía tener un color distinto en su vida. Jairo se lamentaba. Ender trajo consigo la sombra del recuerdo latente de su hermana.

Trató entonces de calmarse. No era posible que después de tanto tiempo y con tantas cosas vividas, aun la mínima evocación a Elba le provocara un dolor tan intenso. Se sentó en su escritorio y desde su computadora ingresó a Facebook para buscar el perfil de ella. Vio sus fotos, sonriente, con su hermano, con su novio, con los amigos. Fue como una sobredosis de veneno mortal.

VII

La familia

Esa tarde regresó a su casa. No tenía intenciones de salir de allí, le comunicó a Sara que no se verían ya que se encontraba indispuerto de salud. Ella se ofreció a ayudarlo pero él fue firme en que prefería estar solo, y aunque para ella no fue agradable, respetó su decisión.

Jairo estuvo durante esa noche solo, tomando alcohol y maldiciendo su suerte. En mala hora Ender había decidido ir al concesionario y le había amargado la existencia, cuando por primera vez en muchísimo tiempo se sentía verdaderamente feliz, gracias a Sara.

Se dio cuenta que todavía era muy débil ante el recuerdo de la ruptura de su relación con Elba. Estimó que quizás ella sí era el amor de su vida. Pero lo cierto es que se había ido, ella no lo amó nunca cómo él le demostró todos los días que la amaba. Estaba totalmente convencido de que no valía la pena

sufrir por ello, ella no volvería y él debía continuar con su vida lo mejor posible.

Se fue a la cama tarde, pero igualmente no lograba conciliar el sueño. Durante la noche había recibido varios mensajes de Sara, preocupada, queriendo saber por su bienestar; él le contestó que no era necesario que se preocupara tanto, ya mañana estaría seguramente recuperado.

Obviamente Sara era una mujer valiosa. Se preocupaba por él, intentaba agradarlo en todo momento, era atenta, cariñosa, muy atractiva y apasionada; no tenía nada que él pudiera reprocharle. Así que esa noche, durante su insomnio, decidió que iba a dedicar su vida para hacerla feliz, y así obtener él también algo de felicidad que ella le traía. Lo haría porque ella se lo merecía y porque sentía que eso le daba un norte.

Desde ese día en adelante, él cumplió el compromiso que había adquirido. Dedicó su vida a hacer feliz a Sara de todas las maneras posibles. Fue atento, amoroso, amable, detallista, apasionado, fiel y no se permitía que en presencia de ella, el recuerdo de Elba lo afectara. La relación de ellos se consolidó.

—Cariño, me gustaría que visitáramos a mis padres. ¿Qué opinas? —le propuso Jairo después de unos meses de relación.

—¿Estás seguro mi vida? —se sorprendió un poco Sara.

—Sí, ¿por qué no habría de estarlo? —le preguntó extrañado.

—Pues no quiero que te sientas presionado. Creo que nos está yendo bien y quisiera que todo continuara así.

—Precisamente porque nos está yendo bien, quiero que mis padres te conozcan. Y si tú así lo quieres y lo permites, me gustaría conocer a tu familia también. —le propuso Jairo.

—A mí me encantaría, de verdad. —le dijo y se acercó para darle un beso.

Jairo pensó en cocinar e invitar a su mamá, su papá, su hermana, su sobrino y a Sara a cenar. Se esforzó en hacer una comida agradable para todos. Su familia estaba muy animada por conocer a la actual novia de Jairo. Ya que después de su relación con Elba, él no les había presentado a nadie más. Su madre se había sentido preocupada porque tenía la sospecha de que su hijo aun sufría por la ruptura con Elba, pero a partir de esa invitación de Jairo sintió gran alivio y alegría.

—Cuéntanos Sara, ¿a qué te dedicas? —le preguntó con amabilidad la madre de Jairo.

—Soy enfermera, señora Lucía. —le respondió con el mismo tono amable.

—Ay qué bueno. Ese es un trabajo muy noble. Te felicito.

—Gracias. Jairo me ha contado que usted es chef y que le ha enseñado mucho. La comida está exquisita así que soy yo quien la tiene que felicitar a usted. —le dijo con una gran sonrisa y a todos les causó gracia.

—Bueno, sí es cierto. Pero Jairo siempre tuvo la disposición de aprender la cocina, pero prefirió dedicar su vida a los coches.

—Pero siempre cocina y le queda excelente. —le dijo Sara.

—Mi hermano siempre ha cocinado muy bien. —confirmó la hermana mayor de Jairo.

—Bueno chicas, estamos aquí para que se conozcan entre ustedes, no para que estén hablando de mí. —les comentó Jairo y les causó gracia.

La cena fue exitosa, pasaron un rato agradable conociéndose. Todos habían sido muy amables entre sí y se comprometieron en seguir en contacto. Era obvio que la madre de Jairo había quedado encantada con su nueva nuera, ya que le parecía una mujer noble y muy responsable.

—Cuidala y valórala mucho hijo. Ojalá sean muy felices juntos. Te quiero. —le dijo en voz baja mientras lo abrazaba para despedirse de él.

—Sí mamá. Yo también te quiero. Tengan cuidado de regreso.

Esa noche Sara no regresó a su casa, se quedó con Jairo a dormir. Hicieron el amor tiernamente, conversaron de lo agradable que fue la velada con la familia y acerca de la reunión que podrían tener pronto también con la familia de ella, quienes estaban deseosos por conocerlo. A Jairo le gustaba la idea de conocerlos también, Sara siempre hablaba muy entusiasmada de su familia.

La familia de Sara estaba integrada por su madre, cuyo nombre era Victoria, su padre, llamado Arturo, y su hermana Amanda. Ella era la mayor del grupo familiar pero su padre se había casado anteriormente y había tenido dos hijos antes; Isabel, la mayor, y Juan Pablo, el único varón de la familia y por lo tanto el consentido de su papá.

Sus padres habían tenido una historia difícil al principio de la relación, porque cuando Arturo conoció a Victoria aun estaba casado; él se fijó en ella cuando tan sólo contaba con diecisiete años, y él tenía diez años más que ella, ya tenía una hija y otro en camino, por lo que la respetó a ella y también a su esposa.

El primer matrimonio de Arturo se desmoronó poco después de la llegada de su segundo hijo, Juan Pablo. Él y su esposa tomaron la dura

decisión de divorciarse. Cuando aun no se había firmado la separación, Arturo comenzó a cortejar a Victoria. Esta relación por supuesto no les agradó para nada a los padres de ella. Sin embargo, no pudieron oponerse durante mucho tiempo ya que Victoria pronto quedó embarazada de Sara, y apenas Arturo consolidó el divorcio se casó con Victoria.

Podría pensarse que Arturo se casó con Victoria sólo porque estaba embarazada y tenía que responder por la niña que venía en camino. Pero la verdad era que ambos estaban perdidamente enamorados. Incluso, ahora, más de veintisiete años después de haberse casado, el amor que había entre ellos era posible palpase tan sólo al verlos.

El amor entre sus padres era de gran admiración para Sara, y también para su hermana menor Amanda. Seguramente en secreto, ambas anhelaban poder llegar a tener un matrimonio tan amoroso como el que habían tenido sus padres por tantos años, y que indudablemente continuaría por el resto de sus vidas.

En cuanto a sus otros dos hermanos, aunque no eran hijos del mismo matrimonio, siempre compartió mucho tiempo con ellos desde pequeña. La madre de los hijos mayores de Arturo era una buena persona y siempre fue comprensiva con la situación y les permitía a los hijos pasar tiempo con su papá y sus otras hermanas. Sobre todo, teniendo en cuenta que aunque ella volvió a casarse, no tuvo más hijos; así que los hijos de Arturo serían sus únicos hermanos.

Así que Sara tenía una relación bastante cercana con cada uno de sus hermanos. Su hermana mayor, Isabel era diseñadora de modas y su trabajo la había llevado a vivir en París desde hacía unos tres años. Sara hablaba constantemente con ella y la extrañaba muchísimo. Isabel siempre le pedía que fuera a visitarla pero Sara no había encontrado la ocasión pues se sentía

muy comprometida con su trabajo actualmente.

En cuanto a su hermano Juan Pablo aun vivía en Cádiz. Él trabajaba como diseñador web, estaba casado y tenía dos hijos, una niña y un niño, que por ahora en los únicos sobrinos de Sara. Y ella los adoraba con locura. De hecho, estaba ansiosa de que Jairo los conociera.

Y la última integrante del clan era Amanda, la hija menor. Ella era maestra, trabajaba con niños pequeños, y al igual que Sara, amaba su trabajo. Vivía cerca del piso de Sara. Y Jairo ya la conocía a ella, pues en algunas salidas con sus amigos la habían invitado a ella que era contemporánea y muy cercana a Sara. Se llevaba muy bien con Jairo y mucho mejor con Silvio, ya que estaban saliendo juntos desde hacía algunas semanas. Esto le preocupó a Sara y también a Jairo, por la actitud que ha tenido Silvio durante su vida con las mujeres, pero él les aseguraba que estaba auténticamente interesado en Amanda y hasta ahora lo había demostrado.

Antes de reunirse con la familia de Sara, fueron a beber unos tragos en un bar con Silvio y Amanda; ya que Sara no estaba de turno aquel sábado en la noche, y siempre que estaba libre ese día intentaban salir con algunas amistades a pasar el rato.

—Entonces, ¿vas a conocer a los padres de Sara? —preguntó Silvio a Jairo.

—Sí, estamos organizando una visita para la semana entrante. Ya tenemos algunos meses juntos, no quiero que piensen que estoy jugando con su hija. —le respondió y le dio un beso en la mejilla a Sara.

—Qué bueno. ¿Cuándo será? Me gustaría conocerlos también. —dijo Silvio.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida Amanda.

—¿No te gustaría? —le preguntó Silvio a Amanda mientras Jairo y Sara eran espectadores sorprendidos de la escena.

—No sé, no lo hemos hablado. No sé si estamos en ese punto de la relación ya.

—Yo tampoco quiero que piensen que estoy jugando con su hija, ni que lo pienses tú mucho menos. —le contestó Silvio a Amanda.

—No lo pienso. Pero eso significa una relación con un compromiso mayor. —le respondió un poco nerviosa Amanda.

—Yo estoy dispuesto a asumir todo el compromiso contigo preciosa. —le dijo Silvio de manera amorosa.

—¿Estás hablando en serio Silvio? —le preguntó sorprendida Amanda.

—Claro que sí, mi preciosa. ¿Acaso no quieres?

—Sí mi vida. Claro que sí. —le respondió abandonando el nerviosismo, con una sonrisa y le dio un beso, a la vez que Jairo y Sara se miraban entre sí impresionados.

—¿Qué tal si brindamos por eso? —levantó la copa Jairo para romper el hielo, así que todo brindaron y hubo gran algarabía.

El resto de la noche la pasaron entre chistes, juegos, anécdotas y el acuerdo de conocer a los padres de las chicas el miércoles en la noche, ya que Sara estaría libre de trabajo. Había una atmósfera de camaradería y alegría compartida entre todos ellos.

—Hermano, me alegra verte tan feliz con Amanda. —le dijo Jairo a Silvio en privado.

—Gracias hermano. Realmente estoy muy feliz con ella. Es una mujer única y no tengo nada que buscar en nadie más. A pesar de que tan sólo hemos estado juntos poco más de un mes, siento que he sido más feliz con ella que en toda mi vida. —le habló con total sinceridad Silvio.

—Qué bueno, de verdad.

—A mí también me encanta verte tan bien con Sara. Me preocupaba que nunca fueras a superar lo de Elba, pero todo pasa por algo. Tú y Sara son una pareja envidiable. —le comentó Silvio con la pizca de imprudencia inconsciente que siempre lo ha caracterizado.

—Sí, bueno... Gracias. —le contestó Jairo sintiéndose un tanto trastocado por escuchar el nombre de Elba.

Silvio había nombrado el punto débil de Jairo, pero no había sido intencional. A la vista de todos, era un asunto completamente superado; ya que Jairo trataba de aparentar que no le afectaba ya aquello en lo más mínimo, aunque no fuera cierto. Había sentido un frío en el pecho cuando escuchó el nombre de Elba en la boca de Silvio, pero se esforzaba por olvidar rápidamente el asunto, ya que se había comprometido en no dejar que el recuerdo de Elba arruinara los momentos con Sara.

Incluso después de varios meses de relación con Sara, Jairo luchaba con el recuerdo de Elba. Procuraba que no le afectara delante de ella, pero en ocasiones, en la soledad, se daba licencia para pensarla, lamentarse y revisar su perfil en la web. Luego, intentaba recomponerse y continuar con su vida. Y eso sería lo que haría en esta ocasión cuando Silvio le había recordado a Elba.

Llegó el día del encuentro con la familia de Sara. Jairo, al contrario de ella, no se sentía nervioso. Pensaba que ellos podrían ver que él tenía las

mejores intenciones con su hija; mientras que Sara sentía nervios por pensar que sus padres de alguna manera podrían avergonzarla frente a él.

Sara y Jairo llegaron antes que la otra pareja. Tanto la mamá como el papá de ella lo saludaron con cariño. La impresión de Jairo acerca de los padres de Sara es que ambos lucían mucho más jóvenes de lo que sabía que eran y que además eran personas encantadoras. Lo trataron excelente desde el principio, aunque aun no lo conocían, él se esforzó por tener un trato recíproco con ellos.

Amanda y Silvio llegaron un poco después. Jairo notó que su amigo lucía un poco nervioso, le pareció ver que sudaba un poco más de lo normal. Además, estaba seguro que él nunca se había presentado con los padres de alguna de las chicas con las que se había relacionado antes. Esto le hizo gracia a Jairo, ya que Silvio siempre se esforzaba en aparentar ser muy seguro de sí mismo.

Los padres de las chicas fueron muy amables con él también e intentaron romper el hielo con Silvio. El nerviosismo de él mejoró al rato, sin embargo lo advertía mucho más comedido de lo normal. Jairo supuso que Amanda le había pedido a Silvio que cuidara su actitud ante sus padres y él se esforzaba en cumplir con la petición de su novia. Esto le parecía admirable a Jairo, ya que Silvio poco se esforzaba en estos asuntos por nada ni nadie. Sus sentimientos por ella debían ser legítimos.

La cena la había preparado la madre de las chicas con mucho esmero, aunque ella no solía cocinar seguido. Quiso hacerlo para agradar a sus hijas. Ambas estaban sorprendidas por el esfuerzo y le agradecieron mucho. El señor Arturo también estaba muy contento de haber encontrado una cena casera en su hogar tan deliciosa. Por lo cual besó más de lo normal a su esposa. Jairo y Silvio presenciaron el amor que se sentía en la pareja, y así

podieron entender la admiración que expresaban sus novias por el matrimonio de sus padres.

Ambos se sumaron a la admiración por la relación de sus suegros. Sobre todo Silvio, quien no creció en una familia con un matrimonio como núcleo, ya que él había sido criado por su tía quien no se casó. Su madre lo había entregado a la hermana de su papá, pues ella no se quería hacer cargo de él y el padre no se había responsabilizado nunca. De hecho, Silvio no recuerda a su madre y sólo pocas veces había visto en persona a su padre; por lo tanto, no tenía ningún tipo de cariño hacia sus progenitores ni referencia de amor de pareja cercano.

Ambas parejas se despidieron al mismo tiempo. En esta ocasión Silvio y Jairo no tuvieron oportunidad de conversar, así que acordaron reunir ellos dos pronto. Silvio y Amanda se fueron juntos a la casa de ella. En el caso de Jairo y Sara, él tuvo que dejarla en su casa e irse, ya que al siguiente día ella trabajaría muy temprano.

Jairo llegó a su casa listo para descansar, pero le llegó un mensaje de Ender en el que le preguntaba cuándo se reuniría. Se sintió fastidiado, pensó que lo mejor era enfrentar de una vez y por toda la situación con Ender. Necesitaba poder hablar con él sin que esto significase recordar a Elba y volver a deprimirse.

—Hola Ender. Podemos ir por un trago el viernes. ¿Te parece? —Jairo tuvo en cuenta que aquella noche Sara iba a estar de turno en el trabajo y podría asistir al encuentro con Ender solo.

—Claro que sí. Nos vemos allá. —fue la respuesta que recibió de Ender.

El viernes Jairo se encontró con Sara brevemente antes de dejarla en

el hospital, le había comunicado que se vería con un viejo amigo esa noche; ella no tuvo problema alguno. Se despidió de él con un beso apasionado y se bajó del coche. Él se dirigió al bar donde había acordado verse con Ender.

—Voy en camino. —le escribió a Ender.

—Perfecto. Yo voy llegando. Te espero. —le contestó.

En el momento en el que Jairo entró en el bar, Ender lo vio y le hizo una seña enérgica para que lo distinguiera. Se reunió con él en la barra, Ender se levantó para abrazar a su viejo amigo. A Jairo le incomodó un poco la efusividad pero intentó disimularlo lo mejor posible. Estuvieron conversando sobre diversidad de asuntos.

A petición de Ender, Jairo le contó algunos detalles de su relación con Sara. Por su parte, Ender le comentó que estaba un poco alejado de sus padres, que finalmente ellos se habían separado y que habían tenido fuertes inconvenientes; sobre todo con su papá. A Jairo no le sorprendió demasiado la noticia de la separación, pues desde hace muchos años no se llevaban bien.

—¿Y tú no te has casado?, ¿tienes novia? —le preguntó Jairo a Ender, más por la obligación de continuar la conversación que por el real interés de conocer los acontecimientos de su vida.

—No... Ese fue el problema que tuve con mis padres. Les dije que no me interesaban las mujeres de esa manera, que prefería la compañía de los hombres. Y esto no fue de su agrado. —le confesó con seriedad Ender.

—No tenía ni idea de eso... —le contestó sorprendido.

—Sí, la persona con quien me viste en el concesionario es mi pareja. Vivimos juntos y nos va muy bien. —Jairo no recordaba con claridad a la persona que le mencionaba, ya que aquel día no prestó mucha

atención debido al impacto de volver a ver a Ender.

—Entiendo. Pues a mí me alegra que tengas a alguien a tu lado y que seas feliz. La verdad es que eso es lo que realmente importa. Que tú te sientas a gusto contigo mismo. Lo de tus padres pasará, seguramente en un tiempo entenderán. —le habló con solidaridad.

—Eso espero. En cambió Elba lo tomó muy bien. No sé qué hubiese hecho sin su apoyo incondicional.

—Bueno... son hermanos. Para eso están, para apoyarse en todo momento. —le dijo Jairo.

—Sí, y de verdad lo ha hecho siempre. Es lamentable que ustedes no hayan podido seguir siendo amigos. —se lamentó Ender.

—Es difícil ser amigos después de lo que me hizo. Ella me despreció, me abandonó y nunca ha tenido la intención de comunicarse conmigo. Ella me olvidó por completo, y pienso que seguramente es lo mejor. —le habló sin disimulo y se quitó un peso de encima.

—Nunca he vuelto a hablar con ella de ti, pero creo que ya el pasado quedó atrás. Al final resultó muy bien para los dos. —quiso sonar positivo.

—Sí... —Jairo respondió escueto porque no sabía que más decir al respecto.

Finalmente, no tocaron de nuevo el tema de Elba, porque sonaba incómodo. Ambos pasaron un buen rato a pesar de todo. Se despidieron afirmando que se volverían a encontrar y no dejarían de verse por tanto tiempo. Jairo se fue con la sensación de haber hecho lo correcto, ya que aunque era difícil tocar el tema, pensaba que con un poco más de tiempo se suavizaría.

Esa semana, Sara emocionada le anunció a Jairo que tendría pronto algunos días libres y que podrían hacer un viaje breve como lo habían hablado en algunas ocasiones. Jairo pensó que sería una gran idea así que fue tramitando unas pequeñas vacaciones en el trabajo. Ambos se emocionaron mucho por pasar algunos días solos, conociendo algún lugar y disfrutando juntos.

Rentaron una cabaña en un lugar apartado y frío, donde podían ver hermosos paisajes y alejarse del ajetreo de la cotidianidad. Se fueron por una semana completa. Durante ese periodo de tiempo, Jairo fue especialmente atento con Sara. Le llevaba el desayuno a la cama, salía a conocer lugares, almorzaban buena comida, paseaban por lindos caminos, montaban bicicleta, bebían chocolate caliente y hacían el amor todas las noches al llegar de nuevo a la cabaña.

A Sara le encantaba lo apasionado que era Jairo con ella, además que sentía que con el paso del tiempo se había hecho todo un experto para saber lo que debía hacer para darle mayor placer. Y ella desarrolló un gusto especial por el cuerpo de él. Lo conocía completamente y disfrutaba saboreándolo. En aquel viaje habían dado rienda suelta a sus deseos, hicieron el amor en todos lados y en todas las posiciones posibles. Más que un viaje cualquiera, parecía que estuviera de luna de miel.

Jairo disfrutaba de manera especial de verla desnuda y dispuesta para él. Cuando quería enloquecerla de placer bajaba su lengua hasta su sexo y la besaba primero de manera tierna y después con mayor potencia, hasta que con sus gritos le anunciaba la llegada del orgasmo. Ella provocaba en él la ternura más sublime y a la vez el deseo más apasionado posible. No podían pedir más.

El día que tuvieron que irse se dieron cuenta que por el resto de sus

vidas recordarían aquel viaje, y que de vuelta a la monotonía extrañarían esos días especiales que pasaron juntos. Al retornar a Cádiz, se sentían más enamorados y aun más seguros de la relación. Sin embargo, Jairo se sintió nostálgico cuando dejó a Sara en su casa y él se fue solo. En ese instante, lo asaltó sorpresivamente la idea de que quería estar viviendo en el mismo lugar que ella, para no tener que despedirse. Pero quiso ser precavido con esa sensación, ya que las veces que había intentado decirle algo así a una mujer le fue bastante mal.

VIII

La sospecha

Algunas semanas después del viaje que habían hecho juntos, Sara desde el trabajo llamó a Jairo pidiéndole que se encontraran porque necesitaba conversar algo importante con él. Jairo accedió, intentando parecer

relajado pero se sintió aprensivo; pensó que quizás lo dejaría o que de alguna manera había deducido algo que tuviese que ver con Elba. Él la recogió en el trabajo y se fueron al piso de ella. Jairo se sintió un poco más tranquilo ya que ella no demostraba signo de molestia o distanciamiento alguno.

—¿Qué sucede, mi vida? —le preguntó Jairo en seguida que cruzaron la puerta del apartamento.

—Espero que no te vayas a molestar conmigo. —le contestó Sara un poco apenada.

—Me estás asustando. —le dijo Jairo con sinceridad.

—Cuando estuvimos de viaje en algunos días olvidé tomarme la pastilla anticonceptiva. Pensé que no habría problema por el tiempo que llevo tomándolas, pero tengo un retaso de una semana y sospecho que podría estar embarazada. —le confesó con un poco de miedo.

—¿Estás embarazada? —le preguntó suspenso.

—No lo sé. No me he hecho la prueba de embarazo por miedo, pero no suelo tener retrasos. De verdad lo lamento Jairo.

—¿Qué lamentas?

—Haberme descuidado con las pastillas y ponerte en esta situación. —le dijo con la mirada baja.

—No seas tonta mi vida. Si estás embarazada es responsabilidad de los dos. —le dijo acercándose a ella para tomarla de las manos.

—Pero era mi responsabilidad evitarlo.

—No es cierto. Y además no sabes lo feliz que me haría tener un hijo contigo. —le confesó Jairo.

—¿En serio? —le preguntó Sara un poco impresionada por la reacción de él ante aquella posibilidad.

—Claro que sí, mi vida. Me encantaría. —le manifestó con sinceridad y ternura.

—Está bien. Mañana me haré el examen para que salgamos de dudas.

—Ok. Quiero que sepas que estamos juntos en esto. Tener un hijo contigo me haría el hombre más feliz del mundo, pienso que podríamos tener una familia maravillosa. Es más, si estás de acuerdo creo que deberíamos casarnos. —las palabras fluyeron de su boca sin pensarlas, pero al escucharlas supo que tenían mucho sentido.

Sara se quedó viendo a Jairo con incredulidad por aquello que había escuchado. Ya habían estado juntos más de un año pero el tema del matrimonio o los hijos jamás había surgido entre ellos. Ni siquiera estaba segura si él planeaba casarse algún día o tener hijos. No supo qué decir, no porque no lo amara sino porque quería que él estuviera completamente seguro de que eso era lo que deseaba.

—Di algo, por favor. —le pidió Jairo.

—¿Tú estás seguro de lo que me estás diciendo? —le preguntó Sara saliendo del ensimismamiento.

—Sí, mi vida. Es difícil para mí estar lejos de ti. Preferiría llegar a la misma casa que tú. Quiero hacer mi vida contigo. ¿Acaso no deseas tú lo mismo?

—Sí, sí cariño. ¡Claro que sí! —saltó sobre él para besarlo y él la recibió con los brazos abiertos.

Esa noche se besaron más que nunca e hicieron el amor tiernamente.

Jairo se quedó con ella, pero durmieron muy poco hablando de dónde podrían vivir, cómo sería un hijo o hija de los dos, de lo que dirían sus padres, de la ceremonia, y de muchas cosas más; todas relacionadas con el posible hijo o el matrimonio.

Se levantaron temprano para ir al laboratorio clínico. Fueron los primeros en llegar al lugar, le tomaron la muestra a Sara y tendrían que esperar una hora para conocer los resultados. Jairo anunció que llegaría un poco tarde al concesionario ese día, ya que deseaba esperar los resultados junto a Sara. Fueron al cafetín para desayunar allí mientras trataban de hablar de cualquier cosa para que el tiempo avanzara más rápido.

Una hora después recogieron los resultados. Sara se encontró en el sobre algo que no esperaba. Según las pruebas realizadas los exámenes no eran concluyentes, por lo que el bioanalista la remitió a una cita inmediata con el ginecólogo, ya que mediante un ecosonograma era la mejor manera de constatar su estado.

Esta situación sólo logró que ambos se pusieran aun más nerviosos. Jairo se preguntó si algo andaría mal, pero no quiso mencionar eso en voz alta pues lo haría más real y podría afectar a Sara. Así que esperaban juntos el turno para entrar a la consulta con el médico. Pronto escucharon que la llamaban y decidieron que ambos entrarían al consultorio. El médico estaba al tanto de las circunstancias así que procedió a hacer el examen pertinente de manera inmediata.

Luego de auscultar el vientre de Sara detalladamente les dio los resultados inequívocos. Sara no estaba embarazada, tenía un pequeño quiste en un ovario que se eliminaría fácilmente con un tratamiento de unos meses. Al escuchar la noticia ambos estuvieron visiblemente decepcionados. Al salir del consultorio ambos estaban muy callados.

—Está bien cariño. Algún día serás un estupendo padre. Y de esta manera no tenemos que apresurar nada. Podemos seguir como hasta ahora. —le dijo Sara intentando consolarlo y aunque no lo aceptara, tratando se consolarse también a sí misma también.

—No quiero que sigamos como hasta ahora. —le respondió Jairo.

—¿Cómo?, ¿ya no quieres estar conmigo? —le preguntó asustada.

—No. Al contrario, quiero que de todas maneras nos casemos. Sara, cástate conmigo.

—Sí, mi vida... —después de unos segundos de silencio le respondió, y se besaron largamente en plena calle.

IX

Los preparativos

Ambas familias se emocionaron muchísimo con la noticia de la boda de Jairo y Sara. Incluso Silvio, quien se había declarado antes enemigo del matrimonio, se emocionó mucho. Él ya era parte de la familia pues vivía con Amanda y constantemente estaba en la casa de los suegros pues se había apegado bastante a ellos.

A pesar del compromiso, Jairo y Sara habían decidido aun no vivir juntos. Pensaban que era algo especial que guardarían para el momento cuando ya estuvieran unidos en matrimonio. Tampoco querían vivir en alguno de los apartamentos que habitaban después de casados, preferían buscar juntos un lugar para estar juntos, que fuera del agrado de ambos.

Ninguno de los dos quería una boda muy ostentosa, preferían tener una ceremonia más íntima. Se casarían por el civil en presencia de su familia y amistades más cercanas, y harían una recepción para celebrar su unión. Para la luna de miel Jairo le había propuesto a Sara que fueran a Paris, ya que ambos siempre habían querido conocer la Torre Eiffel y de esa manera Sara podría visitar a su hermana y Jairo la conocería. A Sara esta idea le pareció

estupenda y estaba muy animada.

En cuanto a los testigos del matrimonio, Sara había elegido a su hermana Amanda mientras que para Jairo fue más difícil escoger entre sus amigos, ya que todos eran muy queridos para él; pero eligió a Rubén, ya que había sido el responsable de que conociera a su futura esposa; solo por esta razón, el resto de los chicos no protestaron. Aunque Silvio tenía muchas ganas de ser testigo junto con su amada.

La familia de Sara, junto con Silvio, tenía preparada una celebración por el compromiso de ambos, un mes antes de la boda. Invitaron a la familia de Jairo, a sus amigos y a algunas amistades de Sara también. La fiesta fue en la misma playa donde la pareja se había conocido, por sugerencia de Silvio.

La fiesta estaba muy bien organizada. La madre de Jairo había preparado el banquete, como tenía pensado hacerlo también para la boda. Silvio se había comunicado con los invitados y tomaba las fotografías. La música era relajante y todos los invitados lucían auténticamente felices por la unión de los novios.

Jairo se sentía plenamente feliz. Además, pensaba que Sara estaba hermosa esa noche con un vestido color morado, corto y con una sonrisa radiante pintada en los labios. No podía dejar de verla y de pensar en lo afortunado que era por tenerla a su lado. Sara se sentía conmovida por todas las expresiones de cariño de sus allegados, y dichosa por las demostraciones de amor de parte de Jairo.

Todos los invitados disfrutaban mucho la celebración. Incluyendo a Ender, que también había sido invitado. Jairo lo vio e incluso charló un buen rato con él, pero no se había sentido incómodo o triste. Gracias a eso se convenció de que ya todo el asunto de la separación con Elba estaba completamente superado. Eso lo tenía satisfecho y aun más feliz, si es que

aquello era posible. Todo estaba en orden ya en su vida.

—¿Cómo la estás pasando, cariño? —le preguntó Sara a Jairo, abrazándolo.

—Muy bien, mi vida. ¿Y tú?

—Excelente. La comida de tu mamá está exquisita.

—¿Ya se lo dijiste? —le preguntó Jairo.

—Por supuesto.

—Quiero hacer un brindis. —interrumpió Silvio.

—¿Y ahora que irá a decir? —comentó Jairo en voz baja.

—Quiero brindar por la pareja más tierna que he conocido en mi vida. Jairo es mi amigo desde que puedo recordar, y les aseguro que nunca lo había visto tan feliz como en este momento. Y no es para menos, consiguió conquistar a Sara, quien es la chica más sensible, amable, cordial e incondicional que existe. Sé que ella logrará hacerlo muy feliz siempre. Así que hermano, cuidala por siempre como hasta ahora. Los quiero a los dos. —manifestó mientras alzaba una copa y todos aplaudieron.

—Como ha cambiado Silvio gracias a tu hermana, brindemos por eso.

—le dijo Jairo a Sara bromeando y ambos se rieron.

La fiesta terminó y la pareja les agradeció mucho a las familias que tuvieron el detalle de organizarla. Había sido verdaderamente agradable estar con todas las personas queridas para celebrar el compromiso que los tenía tan contentos.

Al día siguiente Sara y Jairo tenían una cita con un corredor inmobiliario quien les iba a mostrar un piso según las indicaciones que ellos

le dieron previamente. A ambos les gustó mucho la propiedad. Tenía tres habitaciones, una sala y cocina amplia. En el edificio había una cancha de fútbol y una alberca. Además, estaba en un punto que quedaba cerca de los trabajos de ambos.

Jairo y Sara consideraron que sería un lugar excelente para ellos, sobre todo porque era espacioso y pensaban que podrían recibir la visita de algunos familiares o amigos eventualmente, y por supuesto que tendrían el espacio suficiente para comenzar la familia que ambos anhelaban tanto. Así que emocionados decidieron que ese sería su nuevo hogar. Se pautó la firma del contrato de renta dentro de tres semanas, lo cual era perfecto ya que se casarían dentro de cuatro semanas.

Tan sólo unos días después de elegir la casa donde vivirían, Jairo recibió un mensaje vía Facebook durante su horario de trabajo. Revisó el texto a través de su celular una vez que escuchó la notificación. En el momento de abrirlo no leyó el remitente y entró en confusión, cuando se dio cuenta de quien lo enviaba sintió un frío que le recorrió todo el cuerpo, y contrariamente comenzó a sudar. Sintió además que su respiración se aceleraba mucho.

—Hola Jairo. Sé que mi mensaje te debe sorprender bastante. Estuve hablando con mi hermano y me contó que estás a punto de casarte. No te niego que fue una noticia amarga para mí, aunque sé que debería alegrarme de que hayas encontrado a alguien especial. Ha pasado mucho tiempo así que es comprensible que ya hayas superado lo nuestro. Pero quisiera pedirte algo, si de verdad me amaste. Quisiera verte antes de que te cases. Voy a ir a Cádiz en tres días y espero poder reunirme contigo por unos minutos.

Jairo perdió la cuenta de las veces que leyó el mensaje. Incluso pensó

que era equivocado o falso. Tuvo que tomarse un momento para caer en cuenta que de verdad era Elba. No podía creer la osadía que tenía al escribirle justo en este momento de su vida, cuando se encontraba tranquilo y feliz. Se sentía molesto con Ender por haberle contado que estaba por casarse pronto.

Muchas eran las sensaciones que percibía Jairo: molestia, tristeza, impresión, desconfianza, y una docena más por cada minuto que pasaba. Cuando logró calmarse un poco, analizaba cuidadosamente qué era lo que debía contestarle. Durante horas sólo leyó el mensaje y no hallaba las palabras para dar una respuesta a aquello. La verdad es que no sabía qué quería hacer por lo que era imposible decir algo.

Elba lo había herido tanto, y había sido tan difícil superar la situación. Aunque hace unos días pensó que estaba completamente superado, en este momento él sintió que no era cierto. Aun quedaban secuelas del amor y del sufrimiento que ella le provocó. Decidió que lo mejor era no responder nada. No creía que realmente ella iría a la ciudad, siendo que se encontraba tan lejos. No tenía ningún sentido responderle, sería una complicación totalmente innecesaria en su vida.

Si bien intentó continuar con su día lo mejor posible, fue insostenible. Se sentía totalmente fuera de sí. No podía concentrarse de manera adecuada en nada así que decidió anunciar en el trabajo que se sentía indispuerto y se retiraría. Y así lo hizo, se fue a su casa y luego decidió caminar un rato solo por la playa. Recibió algunos mensajes de Sara para encontrarse pero le dijo que necesitaba hacer unas diligencias, así que se verían luego.

Ni durante ese día ni la noche, que estuvo en vela, logró resolver nada en su mente. Se decía una y otra vez que lo mejor era no contestarle, no verla, no pensarla más. Y se frustraba ya que no comprendía cuál era su intención, por qué ahora justamente tenía que aparecer. Además, Sara no se merecía ni

la menor duda, ni el mínimo pensamiento desorientado.

Llegada la mañana siguiente, recibió otro mensaje de Elba. Jairo no quería leerlo, necesitaba borrarlo inmediatamente. No podía permitir que la repentina aparición de Elba dañara lo que le había costado tanto construir al lado de Sara. Pero no pudo, supuso que lo mejor era leer para saber a qué se enfrentaba.

—Jairo, supongo que probablemente no quieras saber de mí. Pero haré lo posible para hablar contigo. Estaré el sábado a las tres de la tarde en la playa cerca de tu apartamento. Te esperaré durante una hora, si no vas te prometo que no sabrás más nunca de mí; y si vas y hablamos, y después de eso no quieres saber más de mí, te juro que no te molestaré nunca más.

Entonces Elba insistía en el asunto. Lo mejor era dejarlo pasar. No darle importancia y seguir con su vida como si no hubiese recibido ningún mensaje. Jairo lo intentó de esa manera, durante los días siguientes fue al trabajo, estuvo con Sara, hizo el amor con ella, realizó algunas diligencias pendientes de la ceremonia y batalló para no pensar en Elba, sus mensajes y la cita que le había impuesto pero no pensaba asistir.

X

El encuentro

Cuando llegó el sábado, Jairo dejó a Sara en su trabajo a las dos de la tarde y trataba de pensar en algo que lo mantuviese entretenido por lo menos hasta las cuatro de la tarde de tal manera que no se sintiese tentado a encontrarse con Elba. No halló manera de separar de su mente el pensamiento de que Elba estaría cerca, esperando por él.

De manera automática y totalmente inconsciente llegó a la playa, cuando despertó del letargo ya estaba allí. Sentía que estaba siendo arrastrado por la marea de un océano indetenible. A lo lejos divisó una figura que le pareció Elba, pero un poco distinta, más madura, con el cabello distinto. Se acercó a ella en silencio. Ella lo vio venir y caminó en dirección a él para encontrarlo a su paso.

—Hola Jairo. —lo saludó manteniendo cierta distancia.

—Hola. —le respondió sin ninguna expresión en el rostro.

—¿Cómo has estado? —le preguntó con amabilidad.

—Elba, no he venido a socializar contigo. Dime de una vez y por todas que quieres y acabemos con esto ya mismo. —le soltó de manera áspera.

—Ya veo. Sigues molesto conmigo.

—No se trata de seguir molesto contigo. Se trata de que no sé de ti durante años y cuando te enteras de que me voy a casar te impones para verme.

—Sé cómo se ve todo esto, pero no es así. Deja que te explique. ¿Podemos hablar en tu piso? —trató de calmarlo un poco.

—Está bien. —Jairo pensó que era lo mejor, ya que si alguien conocido lo veía con Elba podría ser problemático para su relación con Sara.

—Dime a qué viniste. —le dijo Jairo ya en el apartamento.

—Bien. Desde hace algunos meses estaba planeando regresar, Jairo. Siento que me equivoqué al dejarte, pero quizás fue necesario para comprender que realmente eres tú la persona con la que quiero compartir mi vida. Al principio pensé que separarnos era lo mejor para los dos, sin embargo, al pasar del tiempo te he extrañado más y más, hasta el punto de que no puedo sacarte de mi pensamiento. Conseguí un buen empleo acá, en un hotel y cuando supe que iba a perderte definitivamente, decidí adelantar mis planes. Y aquí estoy, pidiéndote que lo pienses bien, por favor.

—Elba lo que me dices es una completa locura.

—Sé que eso parece, pero es la verdad Jairo. Quiero que lo intentemos de nuevo. No sólo quiero que lo intentemos, quiero que lo hagamos; que estemos juntos como tú querías.

—Eso no es posible. —le dijo incrédulo de lo que oía.

—¿Por qué no? —le preguntó Elba acercándose a él.

—Porque voy a casarme, Elba.

—Aún estamos a tiempo, Jairo. ¿De verdad me olvidaste?, ¿de verdad no quieres saber más de mí? —le preguntó mientras se acercaba para intentar besarlo.

—No hagas eso Elba. —la apartó.

—Creo que merecemos otra oportunidad y ahora mismo podemos tenerla. —le dijo mientras le tomaba la mano.

—Yo creo que ya es tarde. —le insistió Jairo.

—Aún no estás casado Jairo. Y si accediste a encontrarte conmigo tiene que ser que no estás convencido de hacerlo. —se acercó y lo besó.

—Elba ha sido muy difícil lograr superar el dolor que me provocaste. —la separó.

—No voy a herirte de nuevo Jairo estoy aquí por ti. Regresé para estar contigo. —volvió a besarlo.

—Elba, lo mejor es que te vayas, por favor. —volvió a apartarla.

—Está bien Jairo. Piénsalo, ¿sí?

—Adiós. —le abrió la puerta.

XI

La decisión

Luego de que Elba salió del apartamento, Jairo se quebró por completo. No pudo evitar el llanto. Se sentía tan confundido. Si esto hubiese sucedido un tiempo atrás, él habría sido el hombre más feliz y decidido; no habría dudado en regresar con Elba inmediatamente. Pero ahora era muy distinto, estaba con Sara y hasta ese día todo había estado muy bien, ella le trajo un nuevo horizonte a su vida.

Tenía una gran pena en su corazón. Pensando de manera objetiva dedujo que no podía estar con Sara de esa forma. Era injusto para ella que cada vez que Elba apareciera en su vida de uno u otra manera, él se

derrumbara cómo lo hacía. Ella merecía algo mucho mejor que eso, y obviamente él no se lo podía ofrecer. Lo mejor era alejarse de ella, aunque lo sintiera tan desleal y doloroso.

Esperó a las afueras del hospital a Sara. Cuando ella lo vio al salir, no se sorprendió ya que acostumbraba recogerla; pero ella notó que él tenía una actitud extraña y una energía muy pesada, lo cual si le asombró. Él sólo le dijo que debían conversar de algo importante así que irían a su casa. Ella tuvo la sensación de que algo iba muy mal, era una especie de presentimiento que le provocaba una ligera presión en el estómago.

—Sara necesito decirte algo muy importante. Primero quiero que sepas que eres muy importante para mí, que te amo y te valoro; y que, además, lo que más deseo en la vida es tu felicidad.

—Jairo me estás asustando, ¿qué sucede? —le preguntó Sara ansiosa de saber.

—Te contaré. Hace muchos años, cuando aún era un adolescente, tuve mi primer amor. Ella se llama Elba, es hermana de Ender, lo debes haber visto alguna vez. Estuvimos juntos por ocho años y de pronto ella decidió irse a vivir a Londres. Fue una situación muy difícil para mí, me costó mucho superar el dolor que me causó su partida. Durante todos estos años siempre se hacía presente en mi pensamiento, aunque nunca tuvimos ningún tipo de contacto. Poco a poco después de conocerte me sentí mucho mejor, casi logré olvidarla por completo y me hiciste completamente feliz. Hoy Elba se apareció aquí, hablamos y me afectó mucho. Me siento confundido. Siento que no te mereces algo así.

Sara escuchó atenta cada palabra que salió de la boca de Jairo. A sus ojos los cubrió un velo de lágrimas que ella no quería dejar escapar delante

de él. Quería decirle que podrían superarlo juntos, que con ella podría terminar de olvidarla por completo; pero era obvio que él no estaba allí para pedirle una oportunidad, así que eso no tenía cabida alguna.

—Encárgate tú de la suspensión de todo. —fue lo único que le dijo antes de salir por la puerta del apartamento de Jairo.

Apenas Sara tomó el taxi que la llevaría a su casa el llanto brotó indetenible de su pecho. Las lágrimas salían por sus ojos pero ella sentía que cada una de ellas era una parte de su corazón que se escurrían de su cuerpo y terminaba irremediabilmente regadas por todos lados. El dolor que sentía no tenía comparación con nada que haya sentido antes durante su vida. Cada día de su vida tenía que lidiar con la muerte, pero fue justo en ese momento cuando la sintió más palpable que nunca; no tenía la menor idea cómo se sanaba un dolor tan hondo que no era anatómico y lo era al mismo tiempo.

Por su lado, Jairo estaba en shock aun sentado en el mueble de su sala. No podía creer que había perdido a la mujer con la que se iba a casar. Y lo que le resultaba más terrible era el dolor que sabía que estaba causándole a Sara, y lo sabía porque era capaz de sentirlo en su propio pecho. Sentía su propio sufrimiento, mezclado con el de ella. No creía que su cuerpo era capaz de soportar tanto dolor.

Si había permitido que Sara saliera de su vida, tenía que hacer que valiera la pena. Era hora de comprobar si realmente Elba era el amor de su vida. Era momento de continuar su relación donde la habían dejado, quizás estaba predestinado a ser. Si fuese así, todo habría valido la pena y seguramente Sara encontraría también el mejor camino en su vida, aunque no fuera a su lado y probablemente nunca podría perdonarlo por lo que le había hecho esa noche.

—Tenemos que hablar. —le envió un mensaje de texto a Elba esa

misma noche, después de beber todo el ron que podía soportar su cuerpo.

XII

La segunda vez

Jairo y Elba habían decidido retomar su relación. Elba se instaló en el piso de Jairo, que originalmente habría sido para los dos hace tiempo atrás. Jairo se tuvo que encargar de suspender todo lo referente a su boda con Sara: el salón de fiestas, el pastel, el servicio de mesoneros, todo; desde aquella noche, ni Jairo ni nadie que él conociera habían sabido de ella. O por lo menos eso era lo que todos le decían.

Ninguna de las personas que rodeaban a Jairo estaban de acuerdo con lo sucedido pero no había nada que pudieran hacer al respecto. Silvio le quitó el habla, su madre lo trataba sólo lo necesario, Rubén le manifestó su decepción, Manuel le expresó abiertamente su desacuerdo.

—Jairo, sabes que eres como mi hermano, y por eso tengo que decírtelo. Comiste un grave error. Elba no es más que el pasado, Sara era el futuro y tú lo echaste a perder, y estoy seguro de que más temprano que tarde te vas a arrepentir. Sé que estás confundido. Espero que cuando estés claro, Sara pueda perdonarte. Aunque lo dudo.

Las palabras de Manuel habían sido quizás las más duras que había oído, pero sabía que se las decía con sinceridad. Realmente las sentía, y no podía culparlo. Comprendía por qué sentía todo eso. Sin embargo, tenía que estar dispuesto a intentarlo lo mejor posible con Elba, ya que dejó todos sus planes para darle una segunda oportunidad.

Elba tampoco estaba contenta con él. A pesar de que ya tenía dos semanas viviendo con él, no habían intimado. Sí lo había intentado, ella se

acercaba a él los primeros días, con la intención de reencontrarse con su cuerpo, y el cuerpo de Jairo reaccionaba como se esperaría a las caricias de una mujer, pero su mente estaba totalmente ausente. Entonces, él siempre terminaba alejándola. Jairo le pedía paciencia, pero ella no entendía por qué si habían esperado tanto tiempo para regresar juntos, él no quería concretar la unión.

Jairo sabía que Elba estaba molesta por esa razón, pero la verdad es que no le preocupaba. No tenía intenciones de apurar el proceso mediante el cual su mente debía regresar a su cuerpo. No sólo se trataba del duelo por la separación con Sara, también tenía que ver el poco contacto que tenía ahora con el resto de las personas; ya que si no estaban molestos con él a Elba no le gustaba estar con las amistades de él, ya que decía que le incomodaba cómo la veían y que sabía que los juzgaban por lo ocurrido en su relación reciente.

Poco a poco, Elba fue cercando la vida de Jairo. Él no hacía más que trabajar y regresar a casa con ella. La escuchaba quejarse constantemente de cómo funcionaban de mal las cosas y cómo todo era mejor en Londres. Él aparentaba estar presente pero en realidad su pensamiento no estaba, y ni él mismo sabía dónde se encontraba o cómo atraerlo de vuelta.

Había anhelado durante años tener de nuevo a Elba en su vida y ahora que la tenía; aunque no quería, no tenía más opción que reconocer que ella ya no era aquella chica de quien se enamoró perdidamente, y él tampoco era ya aquel niño que se enamoró de ella, ni mucho menos el joven que habría dado la vida por ella si se lo pedía; ese no era ya él, ni tampoco lo quería ser; pero debía intentarlo, tenía que intentar por todos los medios que la relación con Elba funcionara. Y si de todas maneras no podía lograrlo, no existirían remordimientos más tarde, estará completamente seguro de que no hay nada que buscar a su lado y podría olvidarla completamente.

Conforme pasaban los días Jairo se iba resistiendo cada vez más en llegar a casa. Se inventaba trabajo para quedarse en la oficina por más tiempo, acordaba reuniones tarde para no tener que escuchar tanto rato a Elba. Aunque quería intentarlo no podía evitarlo, todo él se resistía a convivir con ella. Y por supuesto que ella se estaba dando cuenta de ello.

—Necesito que hablemos. —le dijo Elba cuando cruzó la puerta del apartamento una noche.

—Dime. —se sentó Jairo en el mueble.

—¿Dónde estabas? —le preguntó molesta Elba.

—Estaba en el bar cercano al concesionario. —le contestó.

—¿Con quién?

—Solo. —Jairo le decía la verdad.

—¿Preferiste estar solo en un bar que venir a casa a estar conmigo?

—No se trata de preferir. Sólo necesitaba unos tragos, fue un día difícil en el trabajo.

—Tuviste un día difícil en el trabajo y en vez de venir a contármelo o invitarme a tomarme unos tragos contigo, te fuiste solo.

—Supongo. —le contestó Jairo sin ningún interés en la conversación.

—Jairo esto no está funcionando. No puedes continuar así. Ya tenemos más de un mes juntos y no has querido ni tocarme, estás siempre ausente, eres una persona distinta a la que yo conocí.

—Lo sé.

—¿Por qué? —le preguntó Elba molesta.

—Sinceramente no lo sé.

—¿Piensas en ella? —le preguntó Elba con cierto tono de discordia.

—Constantemente... —le respondió a ella, pero era más bien una respuesta para él mismo.

—¿Por qué me hiciste creer que podíamos estar juntos de nuevo? Me hiciste creer que aun me amabas. —trató de reprocharle.

—Yo pensé que así era.

—O sea, que ya no me amas.

—Creo que no Elba. —le respondió Jairo.

—Eres un idiota...

—Lo fui, pero no lo seré más. —le dijo mientras se levantaba para caminar hacia la habitación para empacar toda su ropa.

—¿Qué haces? —Elba lo siguió.

—Me voy.

—Pero esta es tu casa.

—Siempre fue el lugar que renté para vivir contigo, fueron las cosas que compré para disfrutarlas contigo. Te puedes quedar con todo, no quiero nada de esto.

Jairo tomó sus cosas más personales y se fue rumbo a la casa de su mamá. Cuando tocó la puerta y su mamá lo vio allí parado, no tuvo que decirle nada. Ella sabía exactamente todo lo que había ocurrido, las madres siempre saben. Le abrió la puerta para que se instalara en su antigua habitación. Apenas puso su cabeza en la almohada cayó dormido, como si hubiese llevado a cuestas el peso del mundo y ya lo había soltado de una vez y para siempre.

XIII

La búsqueda

Lo primero que hizo Jairo al despertar ese día fue pensar en Sara. Tenía la certeza que debía recuperarla lo antes posible. Se levantó y se fue directo a la casa de ella, pero por más que tocó la puerta, nadie le contestó. La vecina le dijo que hacía más de un mes que no la había visto. Inmediatamente llamó a Silvio para saber qué podía decirle él acerca de ella, pero no le quiso contestar así que se fue a la casa de él. Al tocar la puerta del apartamento donde vivía Silvio con Amanda, él fue quien abrió pero no lo dejó pasar.

—¿Estás loco?, ¿Qué coño haces tú aquí? —le preguntó con una sorpresa nada disimulada.

—Silvio te llamé y no me contestaste. —Jairo le explicó.

—No te puedo contestar Jairo. Si Amanda sabe que hablo contigo se va a molestar muchísimo conmigo. Vete por favor. —le dijo en tono de súplica.

—No me voy a ir Silvio. ¿Sara está aquí? —le preguntó intentando abrir la puerta.

—No, ¿qué te pasa? Y aunque estuviera no te dejaría verla. —le respondió evitando que pasara.

—Dime dónde puedo encontrarla, por favor.

—Jairo, te volviste loco. No te voy a decir nada. Vete ya, antes de que Amanda regrese.

—No me voy a ir hasta que me digas algo de ella.

—Jairo tú elegiste estar con Elba, déjate de pendejadas de una vez y mejor deja a Sara en paz.

—Anoche dejé a Elba, no puedo estar con ella. Silvio yo amo a Sara, le pediré perdón de rodillas si es necesario. Necesito recuperarla.

—¿Qué? Has perdido la cabeza tío. —le reclamó.

—Si no me dices dónde está la voy a perder por completo, y no lo voy a permitir. Me voy quedar aquí hasta que me des alguna información. —lo dijo con total convicción.

—Ella no está, se fue. —le confesó.

—¿Para dónde?

—A París, con su otra hermana, Isabel. —Jairo sintió que se iba a desmayar del impacto.

—No puede ser... —se dijo a sí mismo.

—Sí puede ser. La dejaste destruida Jairo. Tenía que irse, no sabemos cuándo va a regresar o si lo hará.

—Silvio, tú eres uno de mis mejores amigos de toda la vida. Te pido por favor, ayúdame a contactarme con ella. —le rogó Jairo.

—Tío, aunque te ayudara ella no va a querer hablar contigo, lo sabes bien.

—¿Qué hago? —le preguntó con sincera ansiedad de saber su consejo.

—No hay nada que puedas hacer. —Silvio le puso la mano en el hombro.

—Ya sé, dame el número telefónico de la hermana.

—¿Para qué? —le preguntó con desconfianza.

—Trataré de hablar con ella. Ayúdame por favor.

—Mira, te lo voy a dar, pero con la condición de que te vayas ya mismo de aquí y que no digas jamás a nadie que fui yo quien te di ese número.

—Trato hecho.

Jairo obtuvo el número de Isabel, la hermana mayor de Sara. Y antes de comunicarse con ella planificó que era lo que iba a hacer. Tendría que convencerla de que lo ayudara a reencontrarse con Sara. La mejor manera de convencerla era hacerle ver que era completamente sincero, y eso no podría lograrlo por teléfono así que se fue directamente al aeropuerto para comprar

un pasaje a París para el vuelo más próximo que pudiera conseguir.

Todo aquello era una locura pero a Jairo le parecía todo enteramente lógico y absolutamente necesario, tenía que recuperar inmediatamente a Sara. La premura que sentía en su corazón era desesperante. De eso dependía su vida, no tenía ni idea cómo podría continuar viviendo sin ella. Sobre todo, sabiendo que le había partido el corazón a la mujer que le había entregado todo y que hoy, más que nunca, tenía la certeza que amaba con intensidad.

Consiguió un pasaje para el vuelo del día siguiente a primera hora. Regresó a casa, no tenía que hacer maletas ya que estaban hechas desde la noche anterior. La mamá de Jairo lo veía con preocupación, no quería comer, ni siquiera hablar. Le pidió una docena de veces que comiera algo, él lo hizo; sólo para tranquilizarla un poco y no tener que seguir escuchando su insistencia.

La noche previa a su viaje no durmió en lo absoluto. Invirtió la noche entera en planificar cada paso que daría para recuperar a Sara. Al levantarse y tomar su maleta pensó que lo tenía todo resuelto, no tenía la certeza si ella lo recibiría de vuelta, pero sabía que lo que había planificado le daba el mejor chance para conseguirlo; el resto quedaba de parte de ella.

Jairo llegó al aeropuerto con tiempo de sobra para tomar el vuelo. Al subir al avión pudo descansar un poco ya que sentía la tranquilidad momentánea de tener todo planeado. Fue un descanso corto, como el vuelo, pero fue suficiente para que recobrar las fuerzas necesarias para recuperar a la mujer de su vida.

XIV

París

Jairo se instaló en un hotel en el centro de la ciudad de París. A penas estuvo en su habitación se dispuso a contactar a la hermana de Sara. Como había previsto Jairo, ella no tenía intenciones de hablar con él y muchísimo menos de ayudarlo en la empresa en la que se embarcaba para recuperar a Sara. Sin embargo, él insistió. Le pidió que le concediera un encuentro, que lo escuchara y que si luego de eso pensaba que no valía la pena ayudarlo, él se marcharía sin si quiera intentar contactar a Sara. Así que ella accedió.

Habían acordado que se verían esa misma tarde en un café cercano al hotel donde se hospedaba Jairo. Él llegó veinte minutos antes de lo establecido, estaba nervioso y no quería perder tiempo; sentía que cada minuto que pasaba era un minuto que desperdiciaba, ya que seguía sin Sara. Cuando Isabel llegó al lugar, él la reconoció inmediatamente por las descripciones que conocía de ella por Sara pero también por el claro parecido con sus hermanas. Jairo se levantó para indicarle que era él y para abrirle el asiento para que se sentara.

—Gracias. —le dijo Isabel luciendo un poco molesta y desconfiada.

—Primero que nada, te agradezco infinitamente que hayas accedido a hablar conmigo. No te imaginas lo mucho que lo valoro. Segundo, sé que estás molesta conmigo y tienes toda la razón en estarlo. Yo mismo lo estoy también.

—Sólo vine para evitar que te le aparezcas a ella. Ha sufrido suficiente y pienso que no tiene por qué pasar por eso. —le dijo, justificando su

decisión.

—Entiendo. Si aun piensas así después de que escuches lo que tengo que decir, te juro que no voy a molestarla, ni en este momento ni nunca más.

—Ese es el acuerdo.

—Así es. —le aseguró Jairo.

—Te escucho, no tengo mucho tiempo.

—Bien. Quiero que me ayudes a encontrarme con Sara sin que sepa que se verá conmigo, porque seguramente no accedería. Necesito hablar con ella, tengo que pedirle perdón, explicarle lo que me sucedió, y decirle que la amo ahora más que nunca, como jamás pensé llegar a amar a nadie.

—¿Y por qué crees que te va a perdonar?

—No sé si podrá hacerlo, pero me voy a pasar la vida entera intentado que me perdone y compensándola por el dolor que sé que le provoqué con mi grave error.

—Si te ayudo y de todas maneras decide no volver contigo, se va a molestar conmigo.

—No lo creo. Ella sabrá que habrás hecho lo que pensaste que era mejor para ella. —le dijo Jairo.

—¿Y tú eres lo mejor para ella?

—Antes no lo era, por eso tenía que pasar por todo esto. Hoy soy otra persona, hoy tengo la certeza de que haría lo que fuera por ella. Y estar aquí es sólo una pequeña demostración de eso.

—¿Por qué hiciste lo que hiciste Jairo?

—Estaba errado Isabel. Idealicé por muchos años a una persona, eso obnubiló mi razón y mi corazón. No pude ver el amor que había entre nosotros, por estar pendiente del pasado. No te imaginas el arrepentimiento que siento. Sé que voy a lamentar este error cada día de lo que me quede de vida.

—¿Y ahora cómo estás tan seguro de haber superado esa situación?

—Porque me enfrenté al pasado, lo vi a los ojos y descubrí que ya estaba enterrado y no me había dado cuenta. Gracias a eso pude entender que mi futuro está al lado de tu hermana. Entendí que lo que estaba en mi mente no era sino un fantasma del pasado.

—No lo sé Jairo. Ella está sufriendo mucho. —le habló con duda.

—Lo sé. Pero piensa en esto, si funciona su sufrimiento terminará inmediatamente y te juro que voy a entregar mi vida para que ella sea feliz.

—¿Y si no funciona? —le preguntó Isabel.

—Si no funciona, sabrás que hiciste todo lo que estuvo a tu alcance para ayudarla.

—Está bien. Te voy a ayudar. No tanto por ti, sino por ella. Es doloroso verla sufrir tanto, creo que realmente te ama y si es así, ella es la que debe decidir si va a darte una segunda oportunidad o no. —lo dijo con certeza, aunque no estuviera del todo convencida.

XV

La petición

Aquella era una noche fría en París. Jairo estaba a los pies de la Torre Eiffel, esperando que Isabel trajera a Sara ante él; como habían acordado en su encuentro el día anterior. Él se sentía algo nervioso, no porque ella se negara a volver con él. Sus nervios eran porque no sabía si ante la presencia de ella podría controlarse y no abrazarla inmediatamente, porque no estaba seguro si tendría voz para decir las palabras que había ensayado una y otra vez hasta el cansancio.

A lo lejos divisó a las dos hermanas hablando mientras caminaban hacia el lugar que había acordado con Isabel; entonces él se embarcó a su

encuentro. Cuando entró en el campo visual de Sara, en la mirada de ella se notó la confusión que la embargó, pensó que era una visión, un juego de su mente o un fantasma; se quedó callada y trató de enfocar su vista mejor.

—Sara... —le dijo, ya parado frente a ella.

—No... —le dijo a la vez que intentó darse la vuelta para irse, pero se encontró con su hermana.

—Escúchalo, por favor. —le pidió su hermana, tomándole la mano.

—Sara vine hasta aquí porque necesito decirte algo. Por favor, escúchame un momento. Sé que no lo merezco, pero te lo ruego.

Sara no tenía palabras, no sabía qué decirle. Simplemente no lograba musitar una sola palabra ante él. Había sufrido tanto durante el tiempo durante el cual han estado separados. Lo ha imaginado una y mil veces en los brazos de otra mujer y la experiencia ha sido devastadora. En ese momento sentía un huracán en el pecho, tan sólo al verlo. No podía ni imaginar qué hacía en ese momento él allí, frente a ella.

—Sé que te fallé desde todo punto de vista Sara. Sé que te he hecho sufrir, probablemente como nunca has sufrido en tu vida. Pero yo te aseguro... no... yo te juro que también he sufrido como nunca en toda mi vida, sabiendo que te perdía y que era mi culpa completamente. En aquella noche que te dejé ir sé que hice lo correcto. Sé que tenía que pasar por este dolor para entender de una vez y por todas que te amo a ti y a más nadie. Antes estaba confundido, pensando en el pasado. Pero estuve en el pasado y me di cuenta de que Elba no es más que un fantasma. Hoy no tengo ninguna duda de que yo soy tuyo por entero. Hoy tengo la certeza que pasaré la vida entera compensando el dolor que te he causado si tú me lo permites. Aquel día te dije que tú

merecías a alguien que no tuviera dudas, ahora ya soy ese alguien. No tengo dudas en mi mente ni en mi corazón. Quiero que seas feliz y ser el responsable de esa felicidad. No puedo ni quiero estar un minuto más sin ti. Desde que te perdí no pasa un minuto sin que lamente el error que cometí. Siento que antes no te lo pedí con la propiedad que te mereces. Así que aquí te traigo mi propuesta. Cásate conmigo Sara, hoy, aquí o cuándo y dónde tú quieras. Te juro que siempre serás la única en mi mente y en mi corazón —se puso de rodillas ante ella, con un anillo en las manos y lágrimas en su rostro.

Sara se llevó las manos a la cara y no paraba de llorar; no sabía si era por el impacto que le causaba todo aquello o porque las palabras que le había dicho Jairo eran las que necesitaba oír en ese momento. Su hermana estaba a su lado, sosteniéndola; y, aunque no lo admitiría jamás ante él, conmovida ante las palabras que acababa de decirle Jairo a su hermana. Sara dio un paso hacia Jairo y lo sostuvo para que se levantara. Él se levantó, y frente a frente se vieron a los ojos por algunos segundos; en ambas miradas se podía adivinar el dolor y la desesperación, pero a la vez se divisaba con claridad un océano de amor infinito. Sin decir una palabra Sara se dejó hundir en los brazos de Jairo, aun llorando desconsoladamente.

—Perdóname, por favor. Yo te amo. Te amo de verdad. —le decía al oído mientras la abrazaba.

—Te he extrañado... —le dijo Sara con timidez.

—Yo también. Te he extrañado a morir. —le decía Jairo a la vez que la apretaba más entre sus brazos, como quien no quiere despegarse nunca de algo y lo aprisiona en su cuerpo.

—Yo también tengo algo que decirte Jairo. —le mencionó mientras se separaba de él para mirarlo a los ojos.

—Dime... —le dijo con temor de recibir una negativa.

—Estoy embarazada.

La dicha que sintió Jairo en ese momento no tiene comparación con ninguna felicidad que antes haya experimentado. Ahora las lágrimas que brotaban de sus ojos eran de dicha, volvió a abrazar a Sara y no paraba de decirle que la amaba.

—¿Te casarás conmigo? —le insistió.

—¿Toda tu confusión ha quedado atrás?

—Te lo juro, mi vida. —le dijo Jairo con total certeza.

—Sí.

Jairo y Sara se casaron en París algunos días después, estuvieron de luna de miel durante varias semanas en Francia y luego regresaron a Cádiz. Todas sus amistades y familiares estaban completamente satisfechos y dichosos al verlos de nuevo juntos. Jairo tenía una energía de dicha que todos podían advertir, incluyendo a Sara. Lograron rentar la casa que habían querido desde antes y algunos años después la compraron.

Nunca más el recuerdo de Elba volvió a perturbar a Jairo, ni tampoco a Sara. Él cumplió su juramento de dedicar su vida entera a hacer feliz a Sara y a su familia, tuvieron dos hijos juntos y jamás volvieron a separarse.